

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CURTIS GARLAND

LOCURA PURPURA

CURTIS GARLAND

LOCURA PURPURA

Colección
¡KIAI! n° 30
Publicación semanal

CAPÍTULO PRIMERO
LOS CHINOS QUE RIEN

Año Nuevo chino.

Chinatown era un estallido de luz y color, una sinfonía prodigiosa y exótica, donde se combinaban los millares de farolillos de todos los colores, los luminosos con los anagramas del lenguaje oriental, bien trazados en bombillas, bien sobre superficies luminosas, o bien rodeados de tubos fluorescentes, y en los que predominaban los tonos rojos, verdes y azules, para, finalmente, emerger por las calles las máscaras de arte chino, sobre los rostros de hombres y mujeres, los atavíos de seda o raso de variado color, luminarias centelleantes en manos de los componentes de grupos de danzas. Y, al fin, los inevitables dragones de papel, largos y serpenteantes, con docenas de "portadores aso- mando bajo la ingenua estructura sus piernas, mientras el espantable rostro del mítico animal parecía escudriñar, amenazador, a la muchedumbre hacinada a ambos lados de las calles del populoso Barrio Chino de San Francisco.

Eran los tradicionales festejos populares, en conmemoración del Año Nuevo, como se celebraban igualmente otras conmemoraciones, en especial el aniversario de la República de China. La de Formosa, naturalmente, no la otra, del Continente chino...

En una noche así, los bares, restaurantes y establecimientos de diversión, permanecían abiertos hasta muy altas horas de la madrugada, y el bullicio se mantenía durante largas horas.

Era, eso sí, un bullicio, una animación tan sana como inocente. Turistas y naturales de la ciudad y, en especial, del propio barrio oriental, se agrupaban en las aceras o invadían pacíficamente las calzadas. El dragón, de más de cien pies de longitud, serpenteaba de modo grotesco, y allí donde se detenía y danzaba, según la tradición, la prosperidad se hacía presente. Grant Avenue, era para los chinos en esa noche la tradicional Calle de las Mil Linternas, en esa nomenclatura poética que los orientales aplican incluso a lo más prosaico.

Y todo el mundo, así, se divertía, se embriagaba de alegría y de entusiasmo. O celebraba esa diversión tomándose unas copas o bailando con alguna bella y joven chinita de ceñido vestido de raso, falda abierta lateralmente hasta el muslo, y cabello lacado, peinado a la antigua usanza, incluso con valiosas agujas de oro prendidas en sus tensos moños. Raro era el caso que la policía detectaba posibles beodos o escandalosos. Los chinos no eran nunca partidarios de tales excesos. Ellos eran un pueblo laborioso, apacible e ingenuo, que se divertía honesta y limpiamente. Así había sido durante siglos, y así

seguía siendo. No importaba que viviesen en Cantón, Nanking o San Francisco. Ellos siempre eran los mismos. Las razas viejas, decían algunos, tenían en su propia vejez la solera suficiente para no desmandarse de modo incivil. Y lo demostraban en sus celebraciones.
Pero no todo el mundo se divierte siempre, ni siquiera en una noche del Año Nuevo chino. Ni siquiera todos los chinos pueden divertirse en una noche semejante, aunque quisieran hacerlo.
Ese era el caso del hombre del traje azul.
Su terno tenía ese color. Un azul fuerte y oscuro, de buen tejido y excelente corte. Evidentemente, no se trataba de ningún chino de baja condición social. Vestía muy bien para ello. Podía tener cincuenta años, o quizá sólo cuarenta. A veces, es difícil calcular la edad de los chinos. Especialmente, para un occidental.
Lo cierto es que el hombre del traje azul y el rostro aceitunado, si había bebido ya
bastante cuando llego a Grant Avenue, o, como decían sus compatriotas, la Calle de las Mil Linternas. Pero cada copa que tomaba, parecía hacer un efecto opuesto al natural, y le alejaba un poco más del estado de embriaguez, para mantenerle sólo en un estado de constante excitación.
Una excitación tensa, contenida, pero evidente. Además, el hombre miraba con indiferencia al largo, ingenuo dragón de papel y brocados de seda, de ojos luminosos y saltones, de cuerpo salpicado de vidrios de espejo, de lentejuelas, de objetos brillantes, y con un generador portátil, situado en su interior, que prestaba la luminosidad resplandeciente a la mítica figura que, para los chinos, representa el poder mismo de la naturaleza y el protector de su pueblo, allí donde se halle.
No parecía divertido con todo aquello. No se fijaba apenas en el resplandor y en el encanto de la festividad de sus gentes. Parecía estar pensando en algo muy alejado de todo aquello. En algo muy diferente, y mucho menos divertido.
Para un buen observador que se hubiese fijado en el oriental del traje azul, éste le hubiese dado una impresión especial. Muy especial.
Le hubiera parecido que tenía miedo.
Y era verdad. Aquellos ojos oblicuos, en el rostro oliváceo de hombre de mediana edad, revelaban temor. Estaba asustado. Incluso parecía estar huyendo de algo, y por eso buscaba las zonas más concurridas de las calles de Chinatown.
De vez en cuando, muchachos que bailoteaban, felices, se cruzaban con él, rodeándole y cantando con sus agudas vocecillas las canciones orientales de tradición en tales fechas. Otras veces, eran muchachas chinas, riendo coquetonamente y cambiando miradas con

muchachos de su edad. A veces, enmascarados chicos y chicas que lucían sobre sus rostros la faz de cartón o de plástico de rientes facciones típicamente chinas, de una China que ya era historia, de rostros empolvados, blancuzcos, como si el pueblo chino hubiera sido, en tiempos de sus mandarines absolutistas, en tiempos de su hambre y de su esclavización, un pueblo feliz y alegre.
Eran carátulas que evocaban un pasado milenario, del que se sentían orgullosos, pero
que habían dejado atrás, para hallar trabajo, dignidad humana y mutuo respeto, dentro de una sociedad occidental que los admitía y respetaba, a su vez, quizá porque, en el fondo, los chinos habían sido siempre un pueblo digno del mayor y más solemne de los respetos, ya que sólo ana gran raza sabe llevar con dignidad incluso la miseria y el feudalismo.
Por eso las máscaras carnavalescas, típicamente orientales, eran siempre rientes, alegres, como uno solo de los rostros de la Farsa. Por eso, a veces, el hombre del traje azul se veía virtualmente rodeado por coros alegres, bailoteantes, de muchachos y muchachas de su raza, tapados con las facciones de amplia risa y aspecto de porcelana antigua. Era el rostro de la vieja China, asomando en sus costumbres y en sus celebraciones, como una evocación alegre de un pasado triste pero esplendoroso.
Al hombre no le preocupaba nada de eso. Se desprendía de esos grupos del mejor modo posible, eludía la diversión, el jolgorio, para mezclarse con la multitud jovial, sin compartir en absoluto sus emociones.
Penetró en un pequeño bar de Grant Avenue, frente a uno de los restaurantes chinos,
pidió un brandy y lo tomó de un trago, ante la sorpresa del joven barman chino, dejando en el mostrador un billete de dos dólares y saliendo con rapidez a la calle, como si el brandy le hubiera sido simplemente necesario para renovar energías y seguir deambulando con paso rápido y ritmo frenético, entre la multitud divertida.
Luego, bruscamente, se detuvo en una esquina, contemplando un lugar concreto, situado en una de las zonas menos animadas y populosas de una calle trasversal.
Miraba fijamente a una cabina telefónica.
Dudas e inquietudes asomaron a sus ojos almendrados. Finalmente, pareció decidirse. Rebuscó en su bolsillo. Extrajo un papel arrugado. Lo desplegó con dedos temblorosos.
Había un nombre, un teléfono. Tragó saliva. Se humedeció los labios. Y se encaminó a la cabina telefónica con paso rápido.
Depositó una moneda. Marcó nerviosamente un número. Se equivocó, y tuvo que repetir la llamada. Esta vez pareció marcar bien.

Descolgaron, tras sonar dos veces la llamada al otro extremo del hilo.
Ansiosamente, iba a hablar, cuando la voz monocorde le advirtió:
«Este es el contestador automático. El señor Kwan Shang está ausente. A partir de la señal, dispone de dos minutos para que su llamada sea grabada. Hable despacio y claramente, por favor.»
Esperó, impaciente. Comenzó, tras sonar el leve zumbido de señal:
—Kwan Shang, quizá me recuerdes. Yo soy el profesor Tcheng Wei, y el motivo de mi llamada es de suma gravedad. Se trata de... de algo increíble, de un verdadero horror que...
Se interrumpió, de repente. Maldijo entre dientes.
—¿Y de qué sirve todo eso, por todos los dioses del cielo? —masculló en su lengua nativa, colgando bruscamente, casi con ira—. ¡Kwan Shang no está en casa, y grabar esta llamada no conduce a nada! Es urgente... muy urgente, que alguien sepa... que me escuchen. ..
Se enjugó el sudor del rostro aceitunado. Se dispuso a salir de la cabina, iluminada en medio de la acera solitaria de la calle transversal a Grant Street. Se escuchaban gritos y música china en la distancia. El hombre asiático, de traje azul, respiró con fuerza, dispo- niéndose a salir de la cabina.
Luego, bruscamente, tomó una decisión, mientras en la distancia un grupo de disfrazados, con máscaras de chinos rientes de otros tiempos, alborotaban y saltaban en la esquina cercana.
Se metió de nuevo en la cabina, que volvió a iluminarse cuando cerró las puertas. Echó otra moneda en la ranura. Marcó un número que parecía conocer de memoria. Tras una serie de llamadas, descolgaron.
—Sanidad Nacional —dijo una voz.
—Por favor, es urgente —pidió—. Con la doctora Ryan, en seguida. De Control de Salubridad.
—La doctora Ryan está ocupada ahora en los laboratorios de investigación...
—¡Lo sé, lo sé! —se excitó el oriental de traje azul—. Por favor, es muy importante. Háganla atender esta llamada...
—¿De parte de quién, por favor?
—El... el profesor Tcheng Wei... de Taipeh, Formosa. Ella me conoce. No se demore, se lo ruego...
—Espere, profesor. Trataré de avisarla, pero insisto en que advirtió que no fuese molestada esta noche...
—No importa. Ella atenderá, seguro...
—No se retire. Le informaré inmediatamente.
Impaciente, el profesor Tcheng Wei tabaleó impaciente con sus dedos sobre el aparato telefónico. Miró a través de las vidrieras de la cabina. Fuera, los chinos de la máscara bailoteaban en torno a la cabina, como haciendo un corro alegre y divertido. Sus cánticos, absurdos, de

voz aguda e infantil, llegaban hasta el hombre encerrado en la cabina, irritándole incluso. Se aproximó a la puerta, sin soltar el teléfono. La abrió, asomándose.

—¡Ya basta! —les gritó en chino—. ¡Estoy telefoneando, callad un momento, idos por ahí a escandalizar!

Los chinos rientes, de máscara de plástico, seguían danzando en torno suyo, como un corro de obstinados a quienes nada les importaba lo que él pudiera decir. Era como un aquelarre exótico, trasplantado desde sus lejanas tierras de origen..

Disgustado, el hombre del traje azul se dispuso a cerrar de nuevo la cabina, esperando comunicar con la persona requerida. No lo logró.

Inesperadamente, los chinos de máscara sardónica se precipitaron dentro del angosto recinto de vidrio, acosando al sorprendido comunicante. De entre sus amplias ropas, kimonos o blusones de sedas chillonas, extrajeron algo.

Algo que provocó un escalofrío al profesor, y quitó toda apariencia divertida y amable al grupo de enmascarados. La carnavalada, de súbito, tomó un tinte trágico y siniestro, que el hombre de azul captó muy bien.

En las manos de los chinos risueños aparecieron unos objetos extraños y amenazadores. Extraños, cuando menos, para un occidental, pero no para Tcheng Wei o para cualquier otro asiático.

Eran como cortos bastones de metal, empuñados fuertemente por los dedos de los

enmascarados, que reían. No tendrían más allá de unos quince centímetros de longitud, pero pese a su pequeñez, resultaron realmente impresionantes y terribles, sobre todo en las manos de aquellos personajes que tan perfectamente parecían manejarlos, con flexiones hábiles de sus muñecas, imprimiendo gran fuerza a los contundentes objetos.

Las piezas metálicas iban rematadas en sus extremos por agudas púas de acero o de hierro, capaces de perforar cualquier material, y bordeadas, a su vez, por púas más pequeñas y cortas, igualmente desgarradoras.

Eran yawaras.

El yawara podía manejarse con las mismas técnicas del karate, o bien utilizando sus terroríficas extremidades, unas veces como martillo, y otras como arma blanca.

Los yawaras eran elementos a utilizar en otros tiempos por practicantes de Artes Marciales que precisaran algo más que sus simples manos y piernas. Y podían convertir el más sencillo golpe en un impacto mortífero.

El profesor gritó, al verse rodeado dentro de la cabina por casi una decena de puños en movimiento. Manos siniestras, hábiles en el uso

de semejante arma de muerte. Los yawaras cayeron sobre su rostro, su cuello, sus manos y brazos, al intentar cubrirse del criminal ataque, e incluso su torso, tras desgarrar brutalmente su chaqueta y su camisa. La sangre saltó de los profundos cortes y boquetes abiertos por las armas metálicas cuyas puntas emergían a ambos lados de la mano, ahora goteando sangre tras martillear o herir agudamente a su víctima.
Los huesos del infortunado crujieron, cuando uno de ellos utilizó su yawara a guisa de martillo sobre el occipital del profesor. Este exhaló un ronco gemido, cayó de rodillas, y luego cayó sobre él una lluvia de impactos mortales, que tiñeron de escarlata los vidrios de la cabina, sus ropas y su piel.
Mientras tanto, el teléfono, desprendido de su mano, colgaba, oscilante, mientras una voz de mujer sonaba a través del micrófono repitiendo insistente:
—¿Sí? ¿Profesor Tcheng Wei? ¡Profesor! ¡Responda! ¡Soy yo, la doctora Ryan!
¡Profesor! ¿Qué le ocurre? ¡Profesor...!
Uno de los agresores tomó el aparato y lo colgó bruscamente. Para entonces, ya sus compañeros se apartaban del cuerpo encogido en el fondo de la cabina. Se miraron entre sí. Ojos brillantes y fríos centellearon tras las rendija de las máscaras con rostros de chinos sonrientes.
—Ya —dijo roncamente uno de ellos—. Está listo. ¡Vamos de aquí!
—¿Seguro que está muerto? —indagó otro, vacilante.
—Mira —replicó el que hablara primero, girando la cabeza del caído con brusquedad—.
¿Tú qué opinas?
No dijeron nada ninguno de los otros. Todos pudieron ver, hundido, el occipital del agredido. Era una lesión mortal, por si acaso los golpes anteriores no lo habían sido ya de por sí.
Los rientes enmascarados, en silencio ahora, se retiraron presurosos de. la cabina donde yacía el cuerpo ensangrentado, sin vida, terriblemente dañado por las crueles armas orientales.
Poco después, los asesinos se mezclaban con la multitud de Grant Avenue, ocultas las
sangrantes piezas de metal punzante entre sus ropas, donde la sangre se ocultaba gracias a los colores brillantes y vivos de sus prendas sedosas. Pese a todo, pronto desaparecieron en un determinado portal de .la poéticamente llamada Avenida de las Mil Linternas, a pocos pasos de la cual, en plena noche del Año Nuevo chino, un hombre de ¡a misma raza de los habitantes de aquella populosa zona de San Francisco, había sido asesinado por extraños, misteriosos criminales de máscaras sardónicas, donde una sonrisa

helada y engañosa ocultaba la terrible mueca de la muerte.
El dragón de seda y luz que serpenteaba por la calzada, seguía sus evoluciones festivas, coreado por el jolgorio popular.
Nadie, en aquella masa feliz y risueña, podía imaginar que tenía tan cerca la muerte violenta, feroz, sanguinaria y despiadada, encerrada en una cabina telefónica.
E incluso una amenaza más oscura y terrible, agazapada aún en lo desconocido...

CAPÍTULO II
PELIGRO LATENTE

El teniente Dobkin, de Homicidios, se enjugó el sudor que hacía brillar más oscuramente su rostro de hombre de color. Inclinóse hacia el cuerpo encogido dentro de la cabina telefónica. Uno de sus hombres montaba guardia ante la misma. Los expertos trataban de recoger huellas en el lugar del macabro hallazgo.

—¿Qué puede decirme, doctor? —preguntó el policía, malhumorado, al forense.

—Le aplastaron el cráneo a golpes. También le causaron gravísimas heridas en otros lugares del cuerpo. Incluso tiene un ojo saltado, y la nariz hundida, con fractura de tabique nasal, fue una agresión bárbara.

—¿Causada con qué? ¿Palos, barras de hierro, cadenas...

—Parece como si hubieran usado de todo, teniente. Incluso cuchillos o garfios. La carne está desgarrada, cortada, agujereada... No sé, parecen armas terribles, una mezcla de todo lo contundente y lo cortante. Veremos si en la autopsia sacamos algo más en claro.

El forense recogió su maletín y se alejó. Uno de los agentes procedió a buscar en los bolsillos de la víctima, cuando lograron tenderla en la acera, a la espera de la ambulancia. Introdujo una serie de objetos en un sobre de plástico. Dobkin iba echando una ojeada a todo ello. Leyó, de pasada, un papel escrito. Con un teléfono y un nombre.

El nombre le era familiar: Kwan Shang. Arrugó el ceño, pero no dijo nada. Luego

observó el manojo de llaves, los fósforos de un determinado club de Chinatown, de cuyo nombre tomó nota mental. Y finalmente enarcó las cejas con perplejidad, cuando su subordinado se quedó sin saber qué hacer, con algo en su mano. Ambos contemplaron aquello con sorpresa.

—¿Qué es eso? —quiso saber Dobkin, desorientado.

—Una pequeña lata de mariscos —dijo, sonriendo, el policía.

—Ya lo sé —manifestó secamente Dobkin, estudiando la latita circular, de unos cincuenta gramos de peso neto en su contenido. Era una manufactura de mariscos y crustáceos de una envasadora de Hong Kong. Exactamente, camarones en su jugo, según rezaba la etiqueta—. Pero ¿qué diablos hace eso en el bolsillo de un hombre?

—Posiblemente le gustaban mucho los mariscos... —estudió la lata—. Parece vulgar y hermética, como cualquier otra, señor.

—Está bien, métala con lo demás. Ya lo examinaremos luego más detenidamente. Ahora, lo que importa es saber quién era este hombre, y por qué le mataron tan brutalmente en la cabina. ¿Ha encontrado su

cartera, su billetera...?
—Aquí está, señor —la alzó, tras extraerla del interior de la chaqueta azul, empapada de sangre seca, ahora. Se la entregó a Dobkin.
Este abrió la billetera. Estaba intacta, con bastantes billetes dentro, de un dólar, dos y diez. El robo no había sido el móvil de aquel crimen. Examinó los documentos. El muerto se llamaba Tcheng Wei, según su documentación. Era ciudadano chino de Taipeh, Formosa. Cuarenta y siete años de edad. Profesor de bacteriología. Su pasaporte apareció también. Estaba en regla. El visado de entrada en Estados Unidos databa sólo de una semana atrás.
—No entiendo una palabra —confesó Dobkin, encogiéndose de hombros, mientras todo pasaba al sobre de plástico, y la ambulancia aparecía ya por el extremo de la calle, para recoger al hombre muerto —. Espero que sepamos algo mas, dentro de poco...
Luego recordó de nuevo el teléfono y el nombre escritos en el papel. El sabía
sobradamente que aquél era el número telefónico de Kwan Shang. No sólo de él, sino también de sus camaradas, Lena Tiger y Frank Cole. Era el número oficial de Los tres Dragones de Oro[1].
—¿Qué tendrán ellos que ver en todo esto? —gruñó entre dientes. Miró su reloj de pulsera. Sacudió la cabeza—. Ya es tarde para molestarles ahora. Les veré mañana...
Luego giró la cabeza hacia el jolgorio cercano de Chinatown. Recordó que era el Año Nuevo chino. Y se preguntó por qué diablos la gente tenía que ser asesinada, incluso en fechas así...

* * *

La doctora Sharon Ryan, de Control de Salubridad, se irguió, sorprendida, al posar sus ojos en la primera plana del periódico matinal. Sus grandes ojos azules se hicieron todavía mayores, y tomaron una expresión de profunda sorpresa.
—¡Cielos, no es posible! —murmuró, tomando el diario y leyendo más detalladamente la información expuesta bajo los titulares.

ASESINATO BRUTAL EN EL AÑO NUEVO CHINO

El cadáver destrozado de un profesor chino, aparece en una cabina telefónica de Chinatown.

Leyendo aquella terrible noticia, empezó a comprender algunas cosas la joven doctora del Departamento de Sanidad Nacional de San Francisco. Especialmente, la razón de que la nocturna llamada de su amigo de Formosa se hubiera interrumpido inexplicablemente, captándose sólo jadeos y ruidos extraños al otro extremo del hilo, antes de que se cortara la comunicación.

El periódico cayó de sus manos. Quedóse pensativa y, con repentina decisión, se puso en pie y fue al teléfono. Marcó un número de operadora de centralilla y pidió que le diese el de la policía. Recibida la información, marcó con rapidez.
—Deseo hablar con el Departamento de Homicidios —pidió, con rapidez, al operador que se puso—. Es importante. Se refiere al crimen que publican los periódicos, el de Chinatown.
—¡Un momento! Le pondré con el teniente Dobkin, de Homicidios. El se ocupa del caso. ¿Quién hace la llamada, por favor?
—Doctora Ryan, de Sanidad Nacional.
Esperó, la voz del policía retumbó pronto en el auricular:
—Teniente Dobkin. ¿Dígame?
—Doctora Ryan, de Sanidad Nacional. Teniente, tengo algo que explicarle sobre el asesinato de Chinatown. Yo conocía personalmente al profesor Tcheng Wei. Me llamó anoche, posiblemente cuando estaba a punto de morir asesinado...

* * *

La pelota iba con terrible fuerza y colocación.
Era un perfecto smash, que se estrelló en la pista, al parecer, de modo irremisible. Pero la raqueta de Kwan Shang cazó esa pelota, devolviéndola con rapidez en un excelente loop, algo forzado.
Al otro lado de la pista, su adversario se la devolvió con centelleante rapidez, intentando rebasar al ágil oriental. No obstante, éste se revolvió, alcanzando el mortífero passing-shoot, y logró devolverlo, pasando la red. Pese a todo, aún logró su adversario lanzarse a por aquella pelota dejada, y la clavó a los pies del joven oriental, en otro smash definitivo, que significaba el punto y el partido.
Había sido una hermosa y vigorosa lucha entre dos hombres físicamente superdotados
y mentalmente educados para no darse nunca por vencidos. El oriental sonreía, estrechando la mano de su rival, y se cubría el cuello sudoroso con una toalla. El alto, rubio y atlético joven de raza blanca que había ganado la partida, palmeó cordialmente a Kwan Shang.
—Hemos empatado a victorias esta semana —comentó—. Queda en pie el partido definitivo.
Asintió Kwan, risueño. Los dos amigos caminaron hacia las duchas, pero, en medio de su camino, aguardaba ya el moreno rostro y la rizosa cabellera del teniente Dobkin.
—¡Hola, muchachos! —saludó el policía—. ¿Cómo va ese deporte? Creo que podrían presentarse en Forrest Hill, sin desdoro alguno.
—No somos tenistas de competición —rió Frank Cole, el rival de Kwan —. Sólo

practicamos deportes para relajar músculos y nervios, teniente. Lo hermoso es practicar algo por simple placer, no por profesionalismo o por exhibirse. ¿Qué le trae de bueno por nuestro común hogar, teniente?
El policía paseó, junto a ellos, por los amplios jardines de la residencia de Telegraph Hill, que compartían los Tres Dragones de Oro. Residencia sin lujos, pero con gran amplitud de terreno, instalaciones deportivas y un edificio central que era casi una forta- leza inexpugnable, protegida por una serie de circuitos electrónicos de máxima seguridad, circuito cerrado de televisión y cuando precisaban los tres aventureros, paladines del bien y la justicia, para sentirse seguros contra los criminales y los enemigos de la ley que pu- dieran atentar contra ellos. Su fortuna personal les permitía eso y mucho más, aunque nadie en el país supiera realmente de dónde procedían los medios económicos, prácticamente ilimitados, de que disponían los tres héroes de las Artes Marciales para combatir el crimen[2].
—Nada bueno, ciertamente —confesó de mala gana Dobkin—. Cuando aparezco, ya imaginarán que soy como el pájaro de mal agüero: siempre presagio malas noticias.
—Bueno, pero no es diplomático decírselo —rió Kwan Shang de buen humor. Dobkin se volvió hacia él. Le miró, pensativo.
—Creo que es usted, Kwan, quien ha de recibir la mala noticia, en este caso.
—¿Yo? —el oriental enarcó las cejas, sorprendido. Se paró—. No entiendo, teniente.
—¿Conoce a un hombre llamado Tcheng Wei? Profesor Tcheng Wei, de Formosa.
—¿Tcheng Wei? No, en absoluto —negó Kwan, perplejo.
—¿Está seguro?
—Totalmente. ¿Por qué lo pregunta, teniente?
—Usted quizá no le conocía a él, pero él sí le conocía a usted. Tenía su teléfono en el bolsillo cuando... cuando le hayamos muerto.
—¿Muerto?
—Asesinado... en una cabina telefónica. Golpeado y herido de modo raro, por algún arma que no entendemos cuál pudo ser, exactamente. En Chinatown. Tenía su teléfono y su nombre, Kwan, en un trozo de papel.
—Mi teléfono... —de pronto, los ojos oblicuos del joven oriental brillaron vivamente—.
¡Un momento, teniente! Ahora recuerdo algo...
—¿Qué? —tanto Dobkin como Cole le miraban con fijeza ahora.
—El teléfono... Anoche estuvimos todos fuera de aquí, en Oakland, recibiendo el sencillo homenaje, de unos buenos amigos que se creían deudores de nosotros... Al volver no revisé el receptor

automático de llamadas, pero lo hice esta mañana. Ahora he recordado que había una llamada, pero era incompleta. Está grabada. ¿Quiere oírla, teniente?
—Sí, por favor —el policía se mostró interesado—. Es muy importante...
Acudieron al interior del edificio. Kwan puso en funcionamiento el sistema de reproducción del grabador magnético. Al fin, llegó la llamada en cuestión. Los tres la escucharon ahora con la máxima atención:
—«Kwan Shang, quizá me recuerdes. Yo soy el profesor Tcheng Wei, y el motivo de mi llamada es de suma gravedad. Se trata de... de algo increíble, de un verdadero horror que...»
La cinta se quedó silenciosa. Poco después, repetíase la voz de la grabadora, invitando a utilizar los dos minutos de grabación siguiente a otro comunicante. Kwan detuvo el contestador automático. Contempló con fijeza a Dobkin.
—¿Qué le parece, teniente? —preguntó.
—Poca cosa —suspiró el policía. Arrugó el ceño—. El dice ahí que quizá usted le recuerde. ¿Es así?
—No —confesó abiertamente Kwan—. No recuerdo a ningún profesor ahora.
—Era experto en bacteriología. Residía en Taipeh, Formosa, pero procedía de Macao y Hong Kong. ¿Eso no le dice nada?
—Macao... —los ojos de Kwan brillaron súbitamente—, ¡Oh, espere! Eso es diferente... Profesor en Macao... Bacteriología... Sí, ahora recuerdo algo. Pero 110 podía recordar “el nombre... Tcheng Wei... Sí, creo que se llamaba así...
—¿Lo conoció, por lo tanto? ¿En qué circunstancias?
—En unas muy difíciles. Yo tenía una prima en Macao. Era cuando huía de China Continental y de una poderosa secta del interior de China, que me perseguía para que no lograse salir del país... Nunca había visto a esa prima mía. Ni llegué a verla, porque por entonces no estaba en Macao. Se llamaba Fah Sun. Por fortuna, tenía un amigo. Era ese profesor. Entonces creo que trabajaba en unos laboratorios, pero lo cierto es que no recuerdo cuáles... Me ayudó mucho. Gracias a él... creo que pude burlar a mis enemigos en Macao, y alcanzar primero Hong Kong y luego la forma de llegar a Estados Unidos, sano y salvo.
—Pues ése es el hombre que ha muerto. De algún modo conoció su residencia, su
teléfono, y buscó sin duda ayuda en usted, por alguna causa grave. Quizá al comprobar que sus problemas eran demasiado apremiantes para que un contestador automático se los resolviera, colgó y anuló la llamada.

—O quizá le mataron en ese momento... —apuntó Cole, pensativo.
—No —negó Dobkin—, Le mataron durante una segunda llamada... a una joven doctora de Sanidad Nacional, amigo mío. Acabo de. comprobarlo por ella misma.
—Bacteriología... Sanidad Nacional... China y Formosa... —Cole meditó, preocupado—. Eso puede significar algo, teniente. Algo serio.
—Ya lo he pensado —afirmó vivamente Dobkin—. Puede significar una posible arma china. Guerra bacteriológica, por ejemplo... Tal vez América en peligro, no sé...
—¿Por qué no llamó a la policía? —se extrañó Kwan.
—tal vez tuvo miedo de que no le creyeran, de que se burlaran de él —opinó Cole, severo el gesto—. ¿Quiere contarnos todo, teniente? Tal vez podamos ayudarle.
—Más que eso —dijo Kwan roncamente—. Quiero ayudarle... como él me ayudó, entonces, en Macao. Es una deuda que ya sólo puedo pagarle ahora, cuando no existe...

* * *

Pfong Yen estaba aterrorizado. Muy aterrorizado.
Pero tenía esperanzas de conseguir algo. Era preciso que lo lograra. Aún se estremecía de horror, recordando la noticia leída en el periódico de aquella mañana.
Si aquel hombre había muerto... ¿qué podía valer su vida, en estos momentos? Era seguro que también le estarían persiguiendo implacablemente por toda la ciudad. Querían encontrarle, fuese como fuese. Y aniquilarle.
La radio transmitía música bailable. Se puso un vaso más de cerveza, y lo bebió con avidez. Tenía la boca seca, aunque sabía que no era sed, sino algo más inconcreto que ningún líquido podía saciar. Se encaminó a una ventana y asomo a la angosta calle de Chinatown donde se hallaba el pequeño y humilde apartamento arrendado. A su alrededor todo era abandono y pobreza, pero eso no parecía preocupar demasiado a Pfong Yen. Estaba habituado a vivir peor todavía. Aquello, al menos era estados Unidos de América. Y aunque se hallaba allí ilegalmente, con documentación falsa, se hubiera sentido realmente feliz... a no ser por lo que ensombrecía ahora, su situación en San Francisco, en la tierra americana que tanto deseó pisar cuando estaba en Macao.
Había logrado ese objetivo. Clandestinamente, oculto en aquel barco de carga, logró llegar a puerto americano y, posteriormente, pasar sin ser visto los controles aduaneros, penetrando en la populosa ciudad, mezclándose, como un chino más, entre millares de ellos que habitaban Chinatown. Era un rostro aceitunado entre miles de ellos.

Un problema casi insoluble para la Inmigración de Estados Unidos de América.
Pero en cambio, había alguien que podía encontrarle antes que los inspectores de inmigración. Eso era lo que le preocupaba a Pfong Yen en esos momentos. Ese alguien que, sigilosa, insensiblemente, reptando como una serpiente astuta, podía aproximarse a él. Y envolverle en un lazo mortal. Como al profesor Tcheng Wei le ocurrió la noche anterior, en una cabina telefónica inmediata a Grant Avenue...
Apuró su cerveza, se limpió los labios, y luego tomó una rápida decisión.
—Antes de que sea demasiado tarde... debo hacerlo —dijo—. Aunque sea arriesgado. Sólo si alguien liega a saber lo que sucede, lo que amenaza a todos... puede evitarse lo peor. Tal vez entonces, no tenga objeto destruirme, logre salvar la vida... ¡Debo intentarlo por encima de tocio! Presiento que no tardarán mucho en localizarme. Ellos son endiabladamente listos. Saben seguir los rastros más difíciles. Y alcanzan siempre a su presa, ¡malditos sean todos...!
Rebuscó en sus cosas, en un cajón revuelto y desordenado. Halló un pequeño librito, una agenda con apuntes, nombres, números. Rebuscó en sus hojas. Se detuvo en una de ellas. Su dedo grasiento marcó un teléfono, un nombre concreto.
Fue al exterior, al pasillo sombrío y húmedo que formaba aquel rellano. Un pasillo al que se abrían seis puertas, otros tantos pequeños y lóbregos apartamentos baratos para gente como él. Al fondo, en una pared húmeda y desconchada, un viejo, ajado teléfono negro, colgaba como una tentación demasiado fuerte. Como un punto de contacto, de comunicación con el mundo exterior, con alguien a quien avisar, aunque fuera lo último que hiciese en su vida. Cualquier cosa, antes de que el horror que él conocía pudiera desencadenarse allí, iniciando un imperio de pánico y de muerte, quizá sin precedentes.
Caminó hasta el teléfono con paso firme. Descolgó, empezando a marcar con cuidado el número de su agenda. Tras unos momentos, sonó una voz al otro extremo:
—El News al habla. ¿Quién llama?
—No importa mi nombre. Es un asunto urgente. Noticia de primera plana —dijo Pfong Yen, con su inglés algo defectuoso pero perfectamente inteligible—. Quiero hablar directamente con el redactor-jefe del periódico.
—El redactor-jefe no está ahora. Es el señor Sidney Gordon, pero está ausente. Si quiere hablar con el subdirector, el señor Hopkins, o con la segunda redactora de Ultima Hora, la señorita Prentiss...
—No, no —negó Pfong Yen—. Ha de ser con el señor Gordon. El fue

quien estuvo de
corresponsal en Macao y Hong Kong hasta hace poco tiempo, ¿no es cierto?
—Sí, lo es —asintió la voz—. ¿Le conoce usted, acaso? Parece extranjero...
—Lo soy. El me conoce, aunque muy poco. Necesito hablarle. Es algo urgente...
—¿Por qué no me lo informa a mí? Yo se lo comunicaré a él en cuanto llegue o telefonee a la redacción del diario...
—¡No, no! —rechazó el chino, tras una leve duda—. Prefiero esperar... a que él llegue.
—Está bien. Como usted prefiera, señor. ¿Le doy algún encargo, o simplemente le digo que usted volverá a llamar más tarde?
—Bueno... —vaciló Pfong, de nuevo—. Dígale que me llame en cuanto llegue. Mi número es...
Se lo dio, tras mirar dificultosamente en el teléfono del oscuro corredor, añadiendo luego con tono apremiante:
—Dígale que no se demore en llamarme. El sabrá de que se trata, seguro. Sólo debe decirle que es un viejo amigo de Macao. Ya entenderá... por favor, hágalo.
—Está bien, no se preocupe. No voy a olvidar el encargo, señor.
—Gracias —colgó, mirando en su derredor con aprensión. Luego se encaminó hacia su sórdido apartamento otra vez, sin que la calma del pasillo se alterase lo más mínimo.
Permaneció encerrado en su vivienda durante casi hora y media, escuchando la radio e intentando leer sin llegar a concentrar jamás la atención en la lectura. Oscurecía sensiblemente ya, cuando le llegó un mido ansiado y esperado.
Sonaba el teléfono del corredor.
Claro que podía ser una llamada para cualquier otro vecino. Pero que él recordase, los vecinos no acostumbraban a recibir muchas llamadas allí. Salió con rapidez de su alojamiento, y cruzó el pasillo con largas zancadas, tomando el teléfono.
—¿Sí? —preguntó, anhelante, descolgando el aparato—. ¿Quién es? ¿Por quién pregunta?
—Aquí Sidney Gordon, redactor-jefe del News —dijo una voz jovial—. Me dieron ese número telefónico para llamar a él y...
—¡Gordon! —jadeó con alivio el chino—. ¡O cielos, ya era hora...! Escuche: sé algo
terrible... Algo que puede significar un desastre inmenso para esta ciudad y, posiblemente, para todo el país. Acabo de llegar de Macao y Hong Kong. Es preciso que usted haga pública la información que voy a darle, antes de que sea demasiado tarde y no se pueda luchar contra ello.

—Un momento —le cortó la voz—. ¿Quién es usted exactamente? ¿Nos conocernos acaso?
—Sí, nos conocemos, aunque muy poco. Usted era corresponsal en Macao. Mi nombre es Pfong Yen. Ya le recordaré de qué nos conocemos. Ahora, lo importante es...
A su espalda, se produjo un ruido. El chino giró la cabeza, asustado. Se quedó mirando, con los dedos crispados sobre el teléfono, la aparición de media docena de personajes sigilosos y siniestros, en una de las cerradas puertas del corredor, cuando ésta se abrió con un chirrido de madera vieja y de goznes mal engrasados.
Los seis personajes lucían oscuras blusas de seda y pantalones negros. Eran orientales como el propio Pfong Yen, lo cual no resultaba sorprendente en Chinatown. Pero había algo en sus rostros, en su gesto duro y sombrío, que causó pánico en el oriental.
Vinieron hacia él, rodeándole sigilosamente, moviéndose cautos, como felinos. Miró angustiado Pfong Yen en derredor, sin ver salida posible. La voz le reclamó por el auricular:
—¡Vamos, siga! ¿Por qué se calla? ¿Sucede algo?
—¡Gordon, son ellos! —gimió el chino—. ¡Los asesinos de Hong Kong! ¡Son la gente del Aniquilador!
—¿El Aniquilador? —preguntó sorprendida la voz de Gordon—. ¿A qué se refiere?
Pfong Yen no llegó a decírselo. Cuando los orientales saltaron hacia él, trató de advertir algo por teléfono, desesperadamente:
—¡Gordon, se trata de la locura que...!
No llegó más lejos en su información. Cayeron sobre él, como panteras feroces. Una lluvia de golpes secos, demoledores, descargados todos con los pies de lo chinos, calzados con ligeros mocasines, le derribaron, primero contra el muro, luego contra el suelo.
Los inverosímiles saltos de sus agresores, los impactos de talón que recibía, eran katas perfectamente realizadas de las técnicas del Tae Kwon Do. Y Pfong Yen lo sabía, porque se defendió en dos ocasiones, replicando con sendas patadas frontales, o Ap-Cha-Ki, a los ataques en Yop-Cha-Ki o Twimyo-Bandae-Dollyo-Chagi. Eso sólo le sirvió para prolongar un poco más el desenlace de la pelea, ya que abatió a dos adversarios fácilmente, pero quedaban cuatro, que le cercaron, intentando ya definitivamente abatirle con espectaculares saltos de ataques en Yop-Cha-Ki, aunque el chino se defendió aún con un eficaz Dol-Liyo-Cha-Ki o patada circular, frenando a algunos de ellos.
Y, de repente, sucedió lo increíble.
Algo que causó tanto horror a los agresores como al propio Pfong Yen.

CAPÍTULO III
LOCOS PURPUREOS

Fue súbito, inesperado.
Incluso a la débil luz del sórdido corredor fue visible la metamorfosis sufrida por Pfong
Yen, el pequeño chino de Macao.
Se quedó repentinamente inmóvil, rígido, mirando a sus agresores. El rostro se le desfiguró en un horrible gesto que estiró y deformó sus facciones. Los ojos se desorbitaron. Boqueó, exasperado, con un ronco jadeo. Luego, emitió una larga queja, mientras su rostro ¡se iba volviendo purpúreo!
Luego, ya con la faz teñida de aquella tonalidad extraña, la queja subió de tono, se convirtió en un alarido bestial, inhumano. Sus brazos, convertidos en poderosos arietes, apartaron con violencia a sus agresores.
Y finalmente, con un nuevo grito estremecedor, Pfong Yen tomó carrera, cruzó vertiginosamente el corredor... y saltó a la calle, llevándose por delante todos los vidrios de la única ventana del pasillo, en medio de un estruendo ensordecedor.
Los atacantes del Tae Kwon Do se miraron entre sí, perplejos, para, después,
apresurarse a tomar las escaleras y dispersarse con rapidez.
Abajo, en la calle, el cuerpo del chino yacía aplastado contra el asfalto. Pero su rostro, vuelto, era visible para los primeros transeúntes que llegaron, y que captaron, desconcertados, la tonalidad purpúrea de aquel rostro deforme, en el que unos ojos desorbitados, brillaban vidriosamente, como si al saltar al vacío, el oriental hubiera sido presa del más feroz ataque de locura imaginable.

* * *

—Locura... ¿Ha dicho locura?
—Sí —asintió, roncamente, el médico forense, volviéndose al teniente Dobkin y al redactor jefe del News. Sidney Gordon, presentes en el laboratorio de la policía—, Una forma insólita de ataque demencial, evidentemente.
—No tiene sentido —dijo el periodista—. Tanto cuando le llamé a él, como a su llamada a un compañero mío de redacción, parecía excitado, pero no loco, ni mucho menos.
—rúes murió víctima de un ataque de locura —insistió el médico—. Acusa golpes recibidos quizá por él talón de algunos adversarios, pasiblemente budokas, pero ninguno es mortal, ni mucho menos. La

autopsia ha revelado lesiones cerebrales extrañas, algo así como edemas bruscamente aparecidos, que dañan gravemente los tejidos cerebrales, y que actúan sobre determinadas arterias, alterando el riego sanguíneo y provocando esa tonalidad púrpura que ofrece la epidermis del cadáver en la totalidad de su cuerpo, pero muy especialmente en el rostro.
—En resumen, según usted, no hay homicidio en esa muerte —apuntó Dobkin, con
cierto alivio.
—No, teniente. El infortunado se lanzó a la calle, atravesando esa ventana, por propio impulso, y se mató. Es mi informe médico.
—Nosotros grabamos en el periódico todas las llamadas recibidas o que hacemos — informó el joven Sidney Gordon, el redactor jefe del News de San Francisco—. Creo recordar que sus últimas palabras eran alusivas a algo de locura, o cosa parecida, pero no estoy seguro. Podríamos comprobarlo, ¿no le parece?
—Por supuesto —asintió Dobkin, pensativo—. Aunque imagino que el doctor Mason no se equivoca. Sería la primera vez que ello sucediera, desde que es nuestro forense.
—Yo no niego que alguien pudiera haberle empujado teniente, pero dado el estado mental de ese hombre, lo lógico es que él mismo pusiera fin a su vida, saltando por el hueco.
—¿Sin embargo, el señor Gordon cree estar seguro de haber oído choques y sonidos de lucha, cuando interrumpió Pfong Yen su llamada... —apuntó Dobkin, receloso.
—Ya le dije que tiene señales de golpes, descargados posiblemente por los pies de luchadores de Artes Marciales. Pero eso no le causó la muerte.
—Ni la locura, supongo —suspiró Dobkin.
—No, claro —admitió el médico, reflexivo—. Ni la locura.
—Como médico, ¿a qué atribuiría usted el origen de esa clase de demencia?
—Teniente, no tengo la menor idea —confesó el médico—. Pero podemos recurrir a un notable neurólogo para informarnos mejor del caso.
—¿A quién me recomendaría usted, exactamente? —preguntó Dobkin, preocupado.
—Al doctor Feldman —dijo, rápidamente, Mason—. Es el mejor especialista de
California y, posiblemente, de todo el país, teniente.
—Está bien. Llamaremos a Feldman para que examine a ese hombre. Entre tanto, señor Gordon, escuchemos esas llamadas en su grabador de conversaciones telefónicas...

* * *

Lena Tiger y Molly Prentiss, alzaron sus cabezas, mirando con interés la llegada a la redacción del San Francisco News, del teniente de Homicidios y de su acompañante, el joven y arrogante Sidney Gordon, con su singular parecido a Burt Reynolds, el actor cinematográfico. Igual figura atlética, piel broncínea, cabello oscuro y facciones enérgicas.

—Vaya, ya regresa vuestro galán —comentó risueñamente la muchacha de color, de

rizosa melena, haciendo un guiño a Molly Prentiss, segunda redactora de noticias de actualidad en el periódico—. Ciertamente, es todo un bombón.

—Pero un tanto amargo, a veces —objetó Molly, encogiéndose de hombros irónica.

—¿Esa ricura de hombre puede resultar amargo? —se sorprendió Lana Tiger, la mulata hermosa y sugestiva que formaba parte de los Tres Dragones—. Me dejas asombrada, Molly.

—¡Oh, habitualmente es un encanto! —dijo, riendo, la periodista de cabellos dorados y suaves ojos ambarinos—. Pero cuando tiene algún asunto profesional de importancia entre manos, se nos convierte en el ogro de la redacción. Ahora parece uno de esos momentos, Lena.

Las dos amigas contemplaron el ceño fruncido de Gordon, mientras entraba en su despacho junto con el teniente Dobkin. Antes, se volvió el joven redactor jefe y pidió a Molly, con tono algo brusco:

—Por favor, Molly, quiero las grabaciones telefónicas de hoy. Lo antes posible.

—¡Claro, jefe! —dijo ella, con tono zumbón que le hizo fruncir, todavía más, el ceño al joven periodista—. En seguida tendrá lo que quiere...

Dobkin que había vislumbrado entonces a Lena, frunciendo el ceño, dando unos pasos

hacia ella. Aunque eran hermanos de raza, hubo un tiempo en que fueron también enemigos, cuando Lena aún no era un Dragón de Oro, sino una muchacha criada en los bajos fondos de la ciudad, en ambientes no muy honestos por cierto, Ahora, todo era muy distinto.

—Lena, ¿qué diablos hace usted aquí? —se sorprendió—. ¿Es que saben algo nuevo sobre el profesor Tcheng Wei, acaso?

—¿El profesor Tcheng Wei? —repitió Lena, como quien oye hablar de marcianos—. No tengo la menor idea de eso, teniente. He estado en una convención de budokas, en Los Angeles, acabo de regresar a San Francisco, y vine a ver a mi amiga Molly Prentiss al perió- dico, eso es todo...

—¿Ha dicho profesor Wei? —terció ahora Sidney Gordon, saliendo de su despacho y mirando alternativamente, con sorpresa a Lena Tiger y

al teniente de Homicidios.
—Sí, eso dije —el teniente le miró—. Es un caso que tengo entre manos. Ustedes también publicaron la noticia, ¿no?
—¡Sí, claro! Pero es que da la casualidad de que, siendo corresponsal de este periódico en Macao y Hong Kong, cosa que duró un par de años, conocí a ese hombre. El profesor era de Formosa, pero tenía buenos amigos, también, en la China Continental. La ciencia no conoce colores políticos, ya sabe. Incluso le hice una entrevista por entonces... Creí que se sabía algo nuevo sobre su extraña muerte...
—Nada, por el momento —suspiró Dobkin, sacudiendo la cabeza—. Tienen que hacerle la autopsia. La muerte de ese muchacho, Pfong Yen, ha demorado un poco la tarea, pero hoy mismo estará listo el informe forense sobre el profesor.
Molly Prentiss llegaba con un tambor de cinta magnética y un reproductor magnetofónico. Lena miraba todo eso con curiosidad. Era una curiosidad femenina que se había incrementado en los últimos tiempos, por su contacto con Frank Cole y Kwan Shang en la investigación de misterios a los que les condujo su cruzada desinteresada en defensa de los oprimidos, los débiles y los acosados.
—¿Ocurre algo grave, teniente? —se interesó.
—No lo sé aún. Un hombre se mató, tirándose por una ventana. Poco antes, estaba muy asustado y hasta parece que temía volverse loco. Vamos a comprobar eso... porque realmente, murió en pleno ataque de locura. ¿Quiere pasar, Lena? Puede escuchar la grabación, si tiene interés en ella. Suponiendo que a Gordon no le importe, claro.
—Es usted quien lleva esto, teniente —sonrió el periodista, mirando con agrado la bella presencia de la muchacha de color, cuya elástica figura de atractivas curvas se movió hacia ellos con una armonía sorprendente y magnífica—. Por mi parte, estaré encantado. Usted también puede venir si lo desea, Molly.
—Es muy amable, jefe —contestó ella sarcástica, uniéndose al grupo.
Poco después, escuchaban, íntegra, la llamada de Pfong Yen y la posterior de Gordon, interrumpida, como él dijera, por ruidos,' chasquidos, golpes sordos y jadeos. Aumentando el volumen de la grabación, pesé a sus deficiencias, daba toda la impresión de ser una lucha en toda regla.
—Es curioso... —comentó, de pronto, el teniente Dobkin.
—¿Qué es lo curioso? —se interesó Gordon, mirándole, tras acabar la grabación.
—Ese hombre tenía miedo a algo. Y venía de Hong Kong y Macao, recientemente...
—Sí, ¿y qué? —el periodista parecía perplejo.
—Es el mismo caso del profesor Tcheng, del que hablamos antes.

Venía de esas dos ciudades y llevaba pocos días en Estados Unidos... También él parecía asustado, y también le sorprendió la muerte telefoneando... para decir que algo horrible estaba a punto de suceder... Sólo que él llamó a un amigo de esta joven, de Lena Tiger, y... a Sanidad Nacional.
—A Sanidad... —se quedó con expresión pensativa, Gordon. Luego, sacudió la cabeza—. También se da el caso de que Pfong Yen dice, ahí, conocerme personalmente. Y no logro recordarle en absoluto...
—Un occidental, cuando conoce a un chino, le cuesta trabajo distinguirlo de otro chino
—-sonrió Lena—. Tal vez le conoció con otro nombre...
—De todos modos, él detalla que le conoció poco —apuntó Dobkin, ceñudo—. Y supongo que durante su labor en Macao y Hong Kong, conocería a muchos orientales...
—Muchos, sí —suspiró Gordon, afirmando—-. Pero bien recordaba al profesor Tcheng Wei... Claro que él es una personalidad... Bueno, lo era...
—¿Y el Aniquilador? —preguntó, de pronto, Molly Prentiss—. ¿Qué significa eso?
—El Aniquilador... —repitió Dobkin, encogiéndose de hombros—. Ni idea...
—Yo oí hablar de un Aniquilador en Macao —terció Gordon, preocupado.
—¿Usted? —el policía le estudió, curioso—. ¿Quién era?
—Nadie lo sabía. Una especie de nombre temido. Alguien poderoso y anónimo, que parecía mover los hilos del crimen organizado en ios bajos fondos de ambas ciudades. Ya puede suponerlo: drogas, contrabando, espionaje industrial y todo eso...
—Sí, ya veo —Dobkin asintió, ceñudo—. El Aniquilador... Curioso y extraño nombre... En aquel momento, asomó un periodista a la puerta.
—Le llaman, teniente Dobkin —dijo—. Es de su Departamento. Urgente...
—Pase aquí la llamada —rogó Gordon.
Desapareció el periodista. Poco después, el redactor jefe le tendía su teléfono al policía. Dobkin tomó el aparato, preguntando:
—¿Sí? Soy yo mismo. ¡Ah, sí, doctor Mason! Dígame, por favor... —una pausa. De repente, un gesto de enorme estupor en el rostro del policía de color. Tras la pausa, unas pocas palabras dichas con cierta brusquedad—. ¿Está usted seguro? Sí, entiendo... Gracias, doctor. Iré en seguida por ahí...
Colgó. Se quedó sombrío, la mirada perdida en el vacío. Dejóse caer en su asiento, con gesto profundamente preocupado. Gordon se interesó:
—¿Malas noticias, teniente?

—No lo sé aún... —confesó el oficial de Homicidios— Era el forense. Ha empezado la autopsia del profesor Tcheng Wei. Encontró algo, y ha querido comunicármelo inmediatamente.
—¿Qué es ello? —se interesó Lena, muy curiosa.
—Ha encontrado edemas cerebrales también... Su masa encefálica estaba afectada por la misma dolencia que Pfong Yen. Hubiera sido cosa de minutos que se hiciera patente, enloqueciendo... y volviéndose su niel de color púrpura...

* * *

—Locura... y piel púrpura.
—Esa parece la situación, sí.
Lena Tiger no dijo más. Kwan Shang paseó por la estancia, ceñudo. Frank Cole se limitó a seguir su tarea de ordenar flores en un jarrón, al estilo minucioso, bello y estético del Ikebana, o arte oriental de crear adornos floridos.
—No tiene mucho sentido en apariencia, ¿no crees? —apuntó el joven chino.
—No, no mucho —admitió Lena, buscando con la mirada, en vano, los ojos pensativos de Frank Cole, el atlético gigante rubio que capitaneaba el grupo de budokas justicieros conocidos por el nombre de Tres Dragones de Oro—. Pero es todo lo que sé.
—¿Se ha confirmado que se trata de la misma forma de locura, en uno y en otro? —se expresó Cole con aire abstraído, como si todo su interés estuviera depositado en el Ikebana que estaba realizando, aunque obviamente no era así.
—Parece ser que sí —asintió Lena—. Eran además cerebrales. Su origen no está claro, pero actúan sobre centros nerviosos y sobre el riego sanguíneo de modo directo, provocando una rápida demencia que conduce al suicidio. De no haber muerto golpeado por sus asesinos, el profesor Tcheng Wei hubiera muerto poco después, poniendo fin a su vida en plena crisis demencial.
—Y la llamada del chino Pfong Yen, mencionaba algo sobre la locura, sin más detalles...
—Hay algo más —señaló Kwan Shang, reflexivo—. La doctora Ryan, de Salubridad, dijo que el profesor la llamó por teléfono a causa de algo sumamente grave y urgente, según sus palabras. Exactamente algo parecido a lo que dejó grabado en mi contestador automático.
—Pero la locura no es una enfermedad contagiosa —dijo Cole, depositando la última flor en el jarrón, y volviéndose lentamente hacia ellos—. ¿Cómo pudo prever el profesor Tcheng Wei la existencia de una locura que, antes de ese momento, nunca se manifestó.
—Sí, eso es cierto —resopló Kwan—. No lo entiendo, Frank. Hay algo

raro y siniestro en todo ello.
—Mucho —asintió Cole, sombrío—. Recordad que el profesor era un experto en bacteriología...
—¿Y qué puede significar eso? —se interesó Lena, sorprendida.
—Tal vez más de lo que... —Cole se interrumpió. Había sonado el teléfono. Lo descolgó, pensativo—. Frank Cole al habla. ¿Quién llama?
—Soy yo, Dobkin —sonó la voz del teniente—. Cole, ¿le ha contado Lena lo sucedido con dos hombres de raza oriental, ambos procedentes de Macao?
—Sí, teniente. Me lo ha contado —asintió Frank, sereno—. ¿Quiere ayuda, acaso?
—¡No lo sé, maldita sea! —rezongó el policía, con tono malhumorado —. Le llamo para decirle algo que quizá no sepan ninguno de ustedes.
—¿Qué es, teniente?
—Un marinero procedente de Macao, ha sido hallado muerto en Chinatown hace menos de dos horas. Llegó a San Francisco esta misma mañana, a bordo del carguero Victoria, de matrícula de Hong Kong. Era de raza blanca, no un oriental.
—¿Y...?
—Y, como imagino que está usted empezando a sospechar ya, amigo Cole..., nuestro marinero de Macao ha muerto víctima de un acceso de locura. Se arrojó bajo un camión y fue arrollado y muerto, mientras profería terribles alaridos. Su rostro y su cuerpo, todo... tiene un extraño color púrpura.
—¡Cielos! —los labios de Cole se apretaron con firmeza, hasta formar una dura línea recta—. ¿Por qué pensó que me interesaría saberlo, teniente?
—No sé... Como su amigo Kwan tuvo relación con el profesor Tcheng Wei... Además, hay otra cosa que interesa, en particular, al propio Kwan Shang.
—¿Qué es? —fugazmente, los ojos de Cole, grises y duros, se fijaron en Kwan, que captando el mensaje, enarcó las cejas sobre sus pupilas rasgadas de oblicuo trazo.
—En ese barco ha llegado una pasajera de Hong Kong, cuyo nombre completo, inscrito en la lista de pasajeros, era Fah Sun Kwan. Concretamente, prima de Kwan Shang... No hemos logrado todavía localizarla, pero...
En el muro se encendió una parpadeante luz verde. En alguna parte de la casa, sonó un suave campanilleo, casi musical.
—No se preocupe, teniente —sonrió—. Creo que va está localizada. Acaban de llamar a la puerta. Sin duda es ella... Gracias por toda su información.
Colgó, profundamente pensativo. Kwan miraba expectante. La

llamada se repitió.
—Creo que tu prima de Hong Kong, Fah Sun Kwan, está aquí —informó Cole a su amigo—. O mucho me equivoco, o es ella quien llama.
—¡Mi prima...! —se asombró Kwan, perplejo—. Nunca logré llegar a verla personalmente, ni siquiera cuando escapé de China, por temor a comprometerla... ¿Qué hará ella aquí?
—No lo sé. Pero juraría que tiene alguna relación con el viaje del profesor Tcheng Wei a Estados Unidos... y quizá también con los ataques de locura que tiñen de púrpura a sus víctimas...
Uno de los servidores oriéntales de los Tres Dragones de Oro, entró para avisar:
—La señorita Fah Sun Kwan, de Hong Kong, desea ver a 'su primo Kwan Shang...
Cole tuvo una débil sonrisa, y el joven chino, sorprendido aún, respondió al servidor, indicándole que diera acceso hasta allí a la visitante.
Poco después, una menuda y atractiva muchacha oriental, vestida a la usanza occidental, asomaba su dulce sonrisa y su bonito rostro de porcelana, en el umbral de la sala donde se hallaban los tres budokas.
—¡Prima Fah Sun Kwan! —exclamó el joven chino, avanzando hacia ella con sus brazos extendidos—. ¡Es una verdadera sorpresa y un gran placer verte aquí, en San Francisco, después de tanto tiempo deseando conocerte! Eres mucho más bonita y elegante de lo que nunca imaginé...
Los dos jóvenes parientes se tomaron de las manos y se besaron mutuamente las mejillas, sonriendo amplia y calurosamente, aun dentro de la habitual inexpresividad propia de los de su raza.
—Mi querido primo Kwan Shang... —musitó ella dulcemente—. Nunca pensé que tuviera que viajar tanto para reunirme contigo. Pero tenía que verte... sobre todo después de tus cartas, explicándome a qué has dedicado tu vida y tus afanes todos. Es una hermosa tarea, la tuya. Imagino... imagino que ellos dos... son Frank Cole y Lena Tiger, tus inseparables camaradas, ¿no es cierto?
Su mirada suave, de almendrados ojos, se posó en ambos amigos de Kwan, y ellos
asintieron a la vez que Shang hacía las presentaciones de rigor.
—Fah, pudiste hacer este viaje mucho más rápida y cómodamente que utilizando un barco mixto, de carga y pasaje... —habló Kwan, cuando ella le confirmó que había hecho la travesía del Pacífico en el Victoria, recién anclado en puerto californiano.
—En avión, sí —asintió ella. Una luz cruzó sus ojos—. Más rápido... pero más peligroso, primo Kwan.
—¿Peligroso? ¡Bah, no lo creas! Apenas si se producen, hoy día,

accidentes aéreos...
—No, no. No hablaba de eso, primo Kwan —negó ella, dulcemente—. Hablaba de... del Aniquilador.
Los Tres Dragones de Oro se miraron entre sí, sobresaltados. Kwan estudió atónico a su prima.
—¡El Aniquilador! —repitió, estupefacto—. ¿Qué tiene que ver contigo eso, prima?
—Mucho —suspiró ella—. Me vigilan. Me persiguen. Saben que conozco cosas que a ellos no les interesa que se propaguen aquí. Vigilaban los aeropuertos. Pero no los barcos de ese tipo. Pude embarcarme secretamente y llegar hasta aquí... Tenía que verte. Sólo tú puedes ayudarme en este horrible trance, primo...
—¿Qué clase de trance? ¿Qué es lo que ocurre, realmente? No tendrá que ver con... con la locura púrpura...
—¡Locura púrpura! —un gesto de vivo horror asomó al bello rostro oriental—. ¿Es que va... ya lo sabes, Kwan?
—No creo saber mucho. Pero existe una clase de locura que tiñe de color púrpura a las personas. Dos hombres han muerto ya, de ese modo.
—Tres —rectificó suavemente Cole. Y ante las miradas de asombro de todos, explicó lo que le había contado Dobkin, sin quitar sus ojos del rostro de Fah Sun.
Esta se mostró agitada, nerviosa e inquieta. Quizá también medrosa. Su voz sonó insegura, quebrada por una profunda emoción:
—Primo, las cosas están peor, mucho peor de lo que yo imaginé... Si la locura ha llegado ya a San Francisco... ¡todo el país puede sufrir la misma plaga!
—¿Plaga? —-repitió Cole, curiosamente—. La locura no es una epidemia, Fah Sun...
—Esta quizá pueda serlo... —musitó ella—. La peor plaga imaginable. Una epidemia capaz de destruirnos a todos...
—Pero... ¿cómo es posible? ¿Cómo puede propagarse... la locura humana? —dudó severamente Lena Tiger, que no salía de su asombro.
En aquel momento, sonó el teléfono. Cole fue hacia él, pensativo, fija su mirada en la
joven primita de Kwan Shang. Descolgó, identificándose.
—Cole, soy yo, Dobkin otra vez —sonó la voz del policía—. Nuevas noticias. Y urgentes.
—¿Qué sucede ahora?
—Algo increíble. El doctor Peter Reldman, el más eminente neurólogo del país, está en los laboratorios, con el doctor Mason. También han acudido la doctora
Ryan, de Salubridad Nacional. Parece que todos están de acuerdo en

que la locura ha sido inoculada artificialmente en el cerebro de las víctimas... ¿Tiene eso algún sentido, Frank?
—No... pero da cierto sentido a algo que acaba de comunicarnos la prima de Kwan...
—¿La prima de Kwan? —Dobkin lanzó un juramento entre dientes—. ¿Cuándo ha ocurrido eso, Cole?
—Ahora mismo. En este preciso momento, teniente. ¿Por qué lo pregunta?
—¿Y ella... la prima de Kwan Shang, está ahí con ustedes, ahora?
—Sí, eso es... —Frank arrugó el ceño—, ¿Por qué se muestra tan sorprendido?
—Sencillamente, porque Fah Sun Kwan, la primita de su amigo..., acaba de ser hallada sin vida a bordo del buque Victoria. Me informan que viene su cadáver hacia acá. Naturalmente... tiene color púrpura. Y se mató, al enloquecer... El barco ha sido puesto en cuarentena, ya. En cuanto a esa joven que dice ser prima de Kwan, debéis inmediatamente de...
Frank Cole estaba procurando disimular lo más posible en esos momentos, para que su rostro no denotara nada de cuanto estaba escuchando por teléfono, y no delatarse así ante la bella prima de Kwan.
Sólo que ésta, evidentemente, no necesitaba de tal cosa para intuir o sospechar lo que ocurría.
Y, de repente, atacó.
Atacó... y quizá por primera vez, los Tres Dragones de Oro fueron vencidos.
Vencidos por una pequeña, joven y felina mujer, que había falseado su identidad para llegar hasta ellos y descargar su golpe sobre el trío de justicieros budokas.

CAPÍTULO IV
EL PELIGRO DE MACAO

La falsa Fah Sun Kwan describió un salto inverosímil en el aire, disparando sus dos piernas ágilmente. La falda se rasgó, y dos bellas piernas desnudas martillearon con sus pies sobre Lena Kwan, en fulgurante décima de segundo.

Kwan apeló a una kata defensiva de Kung Fu. Lena tardó acaso una décima de segundo

más de lo adecuado, sorprendida por la acción, en utilizar debidamente un blocaje defensivo, con un movimiento veloz de tai sabaki, que fracasó.

Los talones de ambos pies de la joven farsante golpearon sólo una vez, con fuerza seca, pero no demoledora, el rostro de Kwan y de Lena. Ambos, como fulminados por un inexplicable rayo devastador, se quedaron rígidos un instante, y cayeron al suelo pesada- mente.

Después, la falsa Fah Sun se precipitó, sin pérdida de tiempo, hacia Frank Cole, que había soltado el teléfono, lanzando hacia la muchacha un Mae Geri Jodan fulminante, con la intención de frenar su ataque y auxiliar a sus camaradas vencidos. Simultáneamente, estiró su brazo para pulsar un llamador de alerta a sus servidores.

No logró ni una ni otra cosa. Sorprendentemente, la pequeña oriental no sólo paró su ataque, bloqueándole la pierna agresiva, sino que pasó ella misma al contraataque, con un formidable salto y un impacto frontal de Ap Cha Ki, de Taekwondo. Cole logró pararlo vertiginosamente con su brazo en Jodan Age Uke, y notó el golpe del talón de la muchacha en la palma de su mano, al tiempo que era desplazado hábilmente, de modo que no pudiese tocar el timbre de alarma.

Notó una aguda punzada donde le golpeara el talón del zapatito de la muchacha de Hong Kong. Su mente se obnubiló con celeridad, un velo oscuro nubló su mirada, y notó, presa de una inmensa estupefacción, que apenas si duró medio segundo, que estaba vencido.

Inexplicable pero definitivamente vencido... ¡por una muchacha que abultaba casi la mitad que él!

Por un solo golpe que, de modo indescifrable, le desmoronó, inconsciente, a pies de su antagonista triunfadora. Allí mismo, Frank Cole dejó de sentir y de percibir todo cuanto le rodeaba.

La falsa prima de Kwan, se echó a reír maliciosamente al ver a los tres vencidos a sus pies. Parecía totalmente serena, dueña de sí, como si aquella gesta no tuviera la menor importancia. Sus almendrados ojos se fijaron en Kwan Shang especialmente.

—Ahora... —murmuró—. ¡A por la segunda parte del Aniquilador, estúpidos! No sois capaces de vencernos, por mucha que sea vuestra fama... ¡El Aniquilador conquistará pronto cuanto se proponga!

* * *

—¿Se siente mejor, Cole?
Frank pestañeó, tocándose las sienes, con gesto cansado. Miró a los que le rodeaban. Su rostro aparecía hermético, bajo su cabello dorado y rebelde. Ni una sombra de irritación o de ira. Era un hombre que sabía controlar sus emociones. Su cerebro dominaba siempre sus emociones. Ese autocontrol no era fácil de alcanzar. Pero un budoka, un luchador de Artes Marciales, rara vez se dejaba llevar por cualquier emoción. Y nunca revelaba en su apariencia ira o deseos de revancha, odio o rencor hacia nadie.
Su particular código del honor era algo innato, unido a la enseñanza y práctica de las
nobles artes de la lucha oriental, y él les impedía odiar o desear el mal, utilizar la violencia o provocarla. Solamente se defendían cuando eran atacados. No significaba nada para ellos la venganza o el rencor. Sencillamente, admitían la derrota como un hecho inevitable en la vida y en todos sus órdenes. No se puede ganar siempre.
Ahora, Cole parecía aceptar con su peculiar filosofía oriental, inculcada a lo largo de años de aprendizaje de las Artes Marciales, la batalla perdida. Lo que le preocupaba, era otro aspecto de la cuestión, no el fracaso ante un enemigo más rápido o más astuto.
Sabía que no podía ser abatido, ni él ni Lena ni Kwan, por un simple golpe de talón medio bloqueado. No era lógica la punzada que notó al ser golpeado. Había algo más que un simple talón del pie en aquel impacto. Algo incisivo, punzante. Se tocó el lado golpea- do de su mano, estudiando el dorso lentamente. Descubrió un pinchazo y una leve hinchazón.
—Creo que sí —admitió—. Me encuentro algo mejor...
—Parece que se ha dado cuenta de lo ocurrido —era la mujer de ojos azules, erguida ante él, junto al teniente Dobkin, quien hablaba ahora, fija su mirada en el arrogante budoka que anteriormente se popularizara poco“ actor de cine en películas rodadas en Hong Kong, hasta convertirse en el actual luchador en defensa del bien y la justicia.
—¿Cómo dice? —se interesó Cole, clavando sus ojos en la atractiva mujer.
—Soy la doctora Sharon Ryan, de Control de Sanidad —se presentó ella, con suave sonrisa—. Hemos examinado esa punzada, cuando llegamos aquí con el teniente Dobkin, tras interrumpirse su

comunicación telefónica. También su compañera, esa joven de color, tiene una punzada en la mejilla. Es evidente que el simple contacto, la punzada en la epidermis, les inoculó un poderoso narcótico de acción inmediata sobre el sistema nervioso, y les abatió.

—¿Y... y Kwan Shang? —se interesó Cole, buscando en torno suyo, preocupado, con la mirada aún vacilante e insegura—. ¿Dónde está él ahora?

—Eso quisiera saber yo, Cole, ¡maldita sea! —refunfuñó Dobkin, malhumorado, acercándose a él—. Parece que lo raptaron, tras abatirles a todos ustedes. Esa chica es peligrosa, ¿no le parece?

—Raptado —murmuró Cole, roncamente—. ¿Logró evadirse ella de aquí y llevarse a
Kwan consigo? La casa tiene sistemas de seguridad, servicio que vigila... ¿Cómo pudo...?

—Ella utilizó trucos muy eficaces. Narcótico en forma de gas. Y debió usar una máscara antigás. Salió de aquí con Kwan, sin ser molestada por nadie. Eso parece obvio.

—Derrota completa —comentó Cole, fríamente—. Deberé rectificar algunas medidas de seguridad para el futuro.

—Le noto muy abatido, Cole —comentó Dobkin, con cierto negro sentido del humor—. ¿Es que los Dragones de Oro empiezan a perder su brillo?

—No —negó, lentamente, Frank—. Perder entra siempre en el juego, teniente. La vida es un juego. La lucha, también lo es. Trágico a veces, pero un juego. Se gana o se pierde. No se puede ganar siempre. No es humano. Ni siquiera sería justo. No somos computadoras programadas para triunfar siempre, sino simples seres que pretenden mejorar el mundo, de la única forma posible: ayudando a los que sufren o a los que no tienen defensa. Es una labor, una lucha. Y, como tal, admite la derrota.

El oficial de Homicidios, admirado, contempló el rostro sereno, pero ensombrecido, del joven budoka.

—¡Diablo, Cole, no es tan grave; Kwan puede correr peligro, lo sé. Pero nadie tiene la culpa. Ellos son fuertes, sean quienes sean. Tienen medios. Y actúan rápido. La muerte del profesor, del chino de la pensión barata en Chinatown, la suplantación de personalidad en la prima de Kwan Shang... Todo es perfectamente lógico, pero revelador de una mente rápida, astuta y despiadada.

—El Aniquilador —recitó sombríamente Cole.

—Y de unos recursos poderosos. Además... está ese extraño mal, la locura que vuelve púrpura a la gente... La locura nunca fue contagiosa ni epidémica...

—Y ahora parece serlo —suspiró Cole—. Es más: se inocula artificialmente. Es un producto de laboratorio, si hemos de creer a

personalidades como el neurólogo Feldman o como la doctora Ryan, de Sanidad Nacional.
—Y dos personas de un mismo barco, mueren de ese extraño mal, en sólo pocas horas de intervalo. El Victory está en cuarentena, pero... ni siquiera podemos decir por qué. Allí están los reporteros, la insaciable prensa... Incluso el redactor jefe del News, Sidney Gordon, está exigiendo ahora información. Dice que la opinión pública debe ser informada, con detalle, de lo que ocurre. Su compañera de redacción, Molly Prentiss, colabora con él en esa tarea. Es el cuarto poder, Cole. Se nos echa encima...
—Sí, es razonable... —admitió Frank, pensativo. Se frotó las sienes, murmurando—: El Victory, ¿eh? Un carguero mixto de Hong Kong... Todo parece venir de allí, de Macao...
¿No cree que va siendo hora de echar una ojeada a ese barco, teniente?
—Yo ya se la eché, Cole, y no he visto nada extraordinario en él...
—Tal vez. Pero me gustaría ser yo quien se la echara, teniente. Vamos para allá..., por favor.
Y tras hacer a Lena un gesto que parecía no significar nada concreto, se encaminó a la salida, en compañía del oficial de la División de Homicidios de San Francisco.

* * *

Estaba situado en la zona de Mercado Libre de los muelles, no lejos de Fisherman's
Wharf.
Enfrente, el puente sobre la bahía, las Islas de Yerbabuena y del Tesoro, y el viejo Alcatraz, presidio de criminales en otros tiempos, hoy simple reliquia histórica. En el muelle, el Victory.
Un viejo barco habilitado para la tarea mixta de pasaje y carga. Matriculado en Hong Kong, hacía el servicio entre esa ciudad asiática y San Francisco, de un modo regular. Su carga acostumbraba a comprender productos alimenticios de Oliente. En esta ocasión, las cargas de cajas con el nombre de una tal Eastern Fishing Pack, Corporation, de Hong
Kong, se conservaban en cubierta, a la espera de desembarcarlas.
En torno, personal sanitario del Gobierno Federal, mantenía un rígido, estricto control de acceso. No se permitía descargar nada, ni podía abandonar nadie el barco. Por las mismas razones, tampoco podían subir, salvo provistos de un permiso especial, una tarjeta numerada, de identificación, en la solapa, y una máscara protectora de sanidad.
—No creo que sirva de mucho, si esa locura es realmente contagiosa —comentó Dobkin, aplicando a Cole dicha máscara esterilizada—.

Pero Salubridad Pública piensa que es mejor así. ¿Y quién les lleva la contraria?
Cole no comentó nada. Subieron la pasarela. Con ellos, lo hicieron inevitablemente Sidney Gordon y Molly Prentiss, del News, exigiendo de Dobkin noticias concretas sobre el presunto foco de una epidemia inexplicable. El policía les replicó agresivamente, pero los periodistas no se dieron por vencidos. También ellos lucían distintivos de identificación y máscaras esterilizadas. A bordo, les esperaban la hermosa muchacha rubia, junto a un caballero alto, canoso y sobrio, que se identificó como el doctor Peter Feldman, neurólogo famoso en todo el país.
Estrechó la mano de Frank Cole, a quien Dobkin presentó como un investigador muy especial, interesado particularmente en el caso, sin aclarar más esos oscuros conceptos. Pero las preguntas de Cole al médico especializado en medicina cerebral, fueron concretas. Y también lo fueron las respuestas, mientras recorrían la cubierta, seguidos por las miradas hostiles casi agresivas de una tripulación compuesta por chinos, ingleses, thailandeses y vietnamitas, obligados a permanecer a bordo a causa de la cuarentena.
—Señor Cole, es algo muy raro lo que sucede —confesó el doctor Feldman, mientras recorrían el bateo—. Las medidas sanitarias a bordo, son normales. Ningún error, ninguna imprudencia... Nada contagioso entre tripulantes o viajeros. Pero...
—Pero... ¿qué, doctor? —le apremió Cole, severo.
—Pero está eso: los edemas cerebrales. Auténticos focos situados en ciertas zonas de la masa encefálica, que actúan sobre la conducta del individuo y sobre sus centros nerviosos y el riego sanguíneo. Provocan una paralización extraña de todo ello y, por lo tanto, un estado delirante, demencial, como podría causarlo una dosis exorbitante de una droga corno el LSD..., pero añadiendo a ello el fallo circulatorio que tiñe de púrpura la piel, al presentarse los síntomas demenciales.
—Un solo caso, tendría explicación, doctor, aunque resulte un producto artificial, inoculado de alguna forma a los enfermos —comentó Cole—. Pero ¿por qué tantos?
—Lo ignoro, amigo mío.
—Y, sobre todo... ¿cómo puede administrarse un producto químico que altere de tal modo las funciones cerebrales del individuo? ¿Inyección, contagio, alimentos, cápsulas o cosa parecida...?
—No lo sabemos aún. Obviamente, parece epidérmico. Mc resisto a creer que lo administren a todos de igual modo. Tal vez al presentarse en uno, se extiende a otros. Por eso impusimos provisionalmente este período de cuarentena, que puede parecer absurdo.
—Contagio... —musitó Cole. Se detuvo, frente a una de las pilas de

cajas de productos alimenticios del mar, envasados en Hong Kong, para su descarga en la ciudad californiana.

Apoyó en ella sus espaldas, mirando pensativo al neurólogo—. Eso significaría que se trataba... de un virus, doctor.
—Sí —suspiró el doctor Feldman amargamente—, Podría ser un virus... pero no está aún localizado. Y esa tarea puede llevarnos semanas, meses... o años enteros. Aislar un posible virus, es labor larga y agotadora.
—Entiendo —lo ojos de Cole observaron, de soslayo, a un recio marinero de piel aceitunada y largos cabellos grasientos, que apilaba más cajas, con ayuda de un garfio de carga, en un punto de cubierta. Parecía tan ajeno a ellos como podían serlo las gaviotas que, estridentemente, chillaban al revolotear sobre el barco y las aguas de la bahía—. Si fuese, realmente, un virus... podría invadir el país antes de saber siquiera contra qué combatiríamos, doctor Feldman...
—Exacto —dijo, a su lado, la voz tranquila de la doctora Ryan, que se había aproximado sigilosamente a ellos—.Tejidos de los cadáveres de personas afectadas de lo que yo llamo el Mal Púrpura, están siendo analizados rápidamente en los laboratorios de Sanidad Nacional. Pero... nadie sabe lo que encontrará en ellos. Ni tampoco cuándo.
Cole miró pensativo a la hermosa doctora de Sanidad, aquella a quien el profesor Tcheng Wei quisiera advertir de algo gravísimo, justo en el momento de ser asesinado, y cuando ya el Mal Púrpura, como ella decía, estaba en su propio ser.
—De todos modos, si algún caso más se produce... —Cole hizo un alto. Evocó
mentalmente a la falsa prima de Kwan, al misterio que ahora suponía la desaparición de éste, acaso el peligro mortal que pudiera correr, si es que' aún vivía... Dominó todos esos pensamientos sombríos, para concentrarse en su charla con la bella doctora Ryan, y añadió, sin dejar de mirar a ésta—: De todos modos, doctora..., habrá que decir algo a la gente. Sidney Gordon, su periódico, la Prensa toda, tiene razón. El país, la opinión pública, necesita una explicación, la que sea...
El cargador de pelo grasiento y piel aceitunada se había aproximado a ellos, y su hercúlea figura se disponía a inclinarse, para cargar nuevas cajas y depositarlas en el lugar de donde luego serían bajadas a tierra, un vez roto el aislamiento del carguero Victory.
Nadie le hizo mucho caso, en esos momentos, puesto que llevaba un rato deambulando alrededor. Sólo los ojos de Cole, de soslayo, no le habían perdido de vista ni un instante, durante aquel tiempo, pese a que no lo pareciera en absoluto. Así, cuando el poderoso, gigantesco marino exhaló un grito agudo y terrible, y cargó contra ellos con su garfio de hierro por delante, Frank Cole se revolvió, rápido, hacia él y fue el único capaz de enfrentarse al peligro mortal que se abatiera sobre el grupo.

CAPÍTULO V
«MAD-77»

Era una especie de coloso demoledor el que caía sobre ellos, dispuesto a desgarrarles con su mortífero gancho en ristre. Su rostro todo; tenía una expresión alucinada, escalofriante. Los ojos desorbitados, la boca crispada, convulsa. De entre sus labios, escapaban gruñidos ininteligibles, mezclados con gritos roncos y exaltados.

Tal vez pesaría doscientas cincuenta libras y mediría casi seis pies y medio[3]. La doctora Ryan gimió, aterrorizada, encogiéndose ante aquel alud humano. El doctor Feldman, angustiado, giró la cabeza, sin saber qué hacer. Dobkin, en vano, 1x1800 su revólver reglamentario sin encontrarlo, dada la rapidez de los acontecimientos.

—¡Quietos todos! —rugió Cole, con una voz que no parecía la suya.

Y, rápidamente, con una elasticidad increíble en un hombre de su estatura y su complexión, saltó al encuentro del gigante oriental de enloquecido aspecto. Se enfrentó, con sus solas manos, a aquel aniquilador en potencia que era el marinero agresor.

Tras el rápido aviso, el cuerpo de Cole fue el del karateka totalmente integrado en su disciplina. Para él, sólo existía el enemigo a quien había que vencer, porque era un acto de estricta defensa, nunca una provocación. Debía luchar y salvar a los demás, junto consigo mismo. Pero no quería matar. Tenía sus razones para ello.

El garfio de hierro fue a su encuentro. Buscó su cabeza con brutal impacto. De alcanzarle, le hubiera abierto en dos el cráneo, como un fruto maduro.

Pero ahora, Frank Cole no era el investigador frío y cerebral. Ni el actor de cine recién retirado del mundo del espectáculo. Era el budoka. El luchador. Uno de los Tres Dragones de Oro. El primero de todos.

Y lo demostró, en un duelo tan rápido como terrorífico, ante unos espectadores mudos de asombro, petrificados por el estupor de aquella increíble exhibición iniciada con un bloqueo vertiginoso y fantástico del golpe de garfio, que fue a estrellarse sobre un brazo de Cole, sin herirle, saltando lejos el arma demoledora, al tiempo que el marino enloquecido, intentaba aplastar con su puño zurdo a Cole.

De labios de éste salió, restallante, un grito ronco, casi inhumano, que desgarró el aire sobre la cubierta del carguero:

—¡KIAI!

Y después, lo increíble, lo fabuloso de aquel budoka llamado Cole...
Su figura era una especie de vertiginosa, fantástica fuente de energía, una silueta armónica y terrible a la vez, en la que cada músculo, cada nervio y cada tendón, sabían exactamente lo que tenían que hacer. Y lo hacían, en un alarde de agilidad y de poder físico sin precedentes.
Ante él, su gigantesco rival, enloquecido y frenético, era una amenaza demoledora que parecía capaz, en cualquier momento, de triturarle. Sin embargo, Frank Cole adoptó inicialmente la postura Sanchin-Dachi y, simultáneamente, hizo Jodan-Age-Uke con el brazo izquierdo, frenando uno de los ataques de su enemigo, cuyo puño se perdió tras el embate con su brazo, en el vacío.
Adelantó luego Cole con presteza el pie derecho, en un largo paso en Zen-Kutsu- Dachi y golpeó en Bari- Bari Chudan. Que no era otra cosa que dos impactos rápidos y vertiginosos, realmente demoledores, un Die-Tsuki-Chudan, derecho, seguido por un Gyaku-Tsuki- Chudan de izquierdo.
Ambos puños, con la contundencia formidable de la técnica del karateka y su potencia puesta en los nudillos índice y anular, alcanzaron al enloquecido marino, dejándole sin aliento, estremecido por el dolor y el aturdimiento.
Pero después, súbitamente, en vez de caer a pies de Cole, como éste misino y todos los pasmados testigos de la escena esperaban, el derrotado emitió un nuevo grito, desgarrador y prolongado, su rostro empezó a tornarse púrpura... y sin esperar a más, echó a correr como un poseso, por la cubierta del barco, derribando aparatosamente a su paso al joven periodista Gordon y al doctor Feldman Luego, alcanzó la borda del Victory y con el formidable impulso que llevaba, antes de que nadie pudiera evitarlo, se precipitó hacia el suelo del muelle, de cabeza, en un salto impresionante.
Todos se estremecieron cuando el impacto sordo marcó el choque del marino con
el duro empedrado. Corrieron a la borda, intentando auxiliarle, pero pronto se dieron cuenta exacta de que eso era completamente imposible ya.
El agresor de Cole estaba muerto. Se había destrozado la cabeza al caer, rebotando luego y quedándose colgado de unos hierros de una grúa de descarga. El aspecto de su cráneo distaba mucho de ser agradable.
Molly Prentiss emitió un gemido ronco y se cubrió el rostro, horrorizada. La doctora Ryan, más acostumbrada a espectáculos ingratos, se quedó mirando, muy pálida, hacia el cadáver, cuyas manos crispadas tenían ahora un intenso color violáceo.
—Estaba loco... —susurró la doctora de Sanidad—. Otra víctima... de la Locura

Púrpura.
—Sí, eso me pareció —admitió Cole sombríamente, volviéndose a todos sus acompañantes—. Creo que podemos irnos de aquí, ya. Hemos comprobado que, ciertamente, es oportuno tener este barco en cuarentena. Doctora Ryan, que Sanidad adopte las medidas de emergencia adecuadas. Estamos ante una verdadera epidemia... de locura. Algo que nunca se había dado, ¿no es cierto, doctor Feldman?
El neurólogo asintió, con gesto sombrío, contemplando, todavía, la piltrafa sangrienta que era ahora el cadáver del infortunado marinero gigante.
—Sí, es cierto, señor Cole. Es una epidemia, evidentemente. Eso confirma mi teoría de que se trata de una enfermedad vírica, altamente contagiosa, además. No me pregunte otros detalles, porque no sabría dárselos. Sé tanto como usted sobre lo que pueda provocar este mal.
—Según usted, doctora Ryan, la locura pudo ser inoculada artificialmente en los cerebros de las víctimas —recordó Cole, con gesto ceñudo—. ¿Estoy en lo cierto?
—Sí, eso es lo que pensamos. Sería absurdo imaginar una demencia colectiva, a menos que se provocara por otros medios, como un ultrasonido o una acción de influencia sobre el sistema nervioso. Las lesiones cerebrales demuestran que son un mal interno, señor Cole. Por lo tanto, fue inoculado en la masa encefálica de los afectados. Debo suponer, en buena lógica, que de modo artificial, provocado.
—En suma: alguien ha creado un virus nuevo: el de la demencia —comentó
Dobkin, sombrío, sacudiendo la cabeza con disgusto—. Lo que nos faltaba hoy en día, con la polución, los decibelios y todo eso que vuelve chiflada a la gente...
—Me temo que esto va a ser mucho peor, teniente —«suspiró Cole, caminando por la cubierta del barco contaminado, hacia la pasarela de nuevo, para regresar a tierra—. Porque no sólo ignoramos la naturaleza del supuesto virus, sino la razón de que haya sido utilizado y, por tanto, puesto en la vía directa del contagio.
—No sólo tenemos que localizar el virus y aislarlo, Cole, sino que también será preciso hallar lo antes posible un antídoto... o muchas personas que hemos tenido cerca de nosotros a esos desgraciados enloquecidos, podemos ser contagiados por el extraño mal.
—Veo algo siniestro en todo esto —murmuro Cole, sombrío—. Y más aún desde que Kwan Shang ha sido secuestrado. ¿Por qué lo hicieron? ¿Para qué suplantaron a su prima con el propósito de raptar a Kwan? ¿Qué pretenden, ahora, de él?
Nadie dio respuesta a sus palabras Pero los rostros de todos, desde el doctor

Feldman hasta Molly Prentiss, la reportero del News, revelaban inquietud, zozobra, una creciente aprensión hacia aquella torva amenaza que planeaba sobre ellos desde las sombras, sin definirse exactamente la naturaleza diabólica del mal que se estaban enfrentando.
—Hablando de esa chica, Fah Sun, la prima de Kwan —terció el teniente Dobkin, pensativo—. ¿Quiere venir a ver su cuerpo a la Morgue, Cole? Hay algo curioso en él, que me gustaría mostrarle, antes de que lo enviemos al laboratorio para seguir los estudios de esa dolencia mortal...
—Sí —asintió Cole, con expresión grave, evidentemente preocupada —. Vamos, teniente...
Cruzaron la pasarela. Se alejaron por el muelle, dejando atrás el cordón de control policial y sanitario, en torno al Victory, así como el cadáver del marino enloquecido, que unos agentes estaban ahora descolgando de las vigas de hierro, mientras aguardaban la llegada de la ambulancia.
Un oriental con apariencia de marinero o cargador de muelle desocupado,
apareció entre los fardos apilados junto a un tinglado portuario. Sus ojillos almendrados, astutos y fríos, siguieron mediativamente la marcha del grupo de personas que subían a los automóviles aparcados cerca del barco, para regresar al centro de la ciudad.
Luego, sin pérdida de tiempo, se deslizó pegado al muro del tinglado, lejos de la vista de los policías, y alcanzó una cabina telefónica pública. Se metió en ella con rapidez, tras mirar en torno precavidamente, y echó unas monedas en la ranura. Luego, marcó un número urbano. Esperó la señal. Cuando ésta se produjo y luego la interrumpió la voz de su comunicante, el oriental se apresuró a hablar en inglés fluido;
—Escucha: informa el Aniquilador. Esos Dragones de Oro siguen metidos en todo esto. Uno de los Tres, el americano rubio estuvo a bordo del Victory, Un afectado por el Virus Mad-77, le atacó..., pero se deshizo de él con rapidez. Es un formidable budoka, ciertamente. Luego, el tipo se mató, presa de la crisis demencial. Ahora van a la Morgue, según he oído decir. Hay algo en el cadáver de la chica, la prima del Dragón de raza china, que parece interesarles. No sé lo que pueda ser, pero informa al jefe. Puede que eso le interese. En cuanto a mí, llevo aún una dosis del Mad-77. Decidme si sigo las instrucciones previstas. Llamaré dentro de una hora, para saber las órdenes del patrón...
De repente, el chino intuyó el peligro, con rara astucia. Rápido, colgó el teléfono v
se revolvió. La puerta de la cabina le mostró al otro lado de los vidrios

la figura elástica, oscura, felina. Un cuerpo cimbreante de mujer, con ceñidos pantalones. Una mujer de raza negra, con pelo rizoso, espectacular, hermosa y sensual. Y agresiva. Muy agresiva y peligrosa. Sobre todo, para el espía oriental
—Vaya... —sonó fríamente la voz de Lena Tiger a través de la rendija entreabierta cautelosamente por ella en la cabina telefónica—. Conque Mad-77... Ese es el nombre del virus, ¿eh? Muy interesante... Ya sabemos algo más...
—¡Maldita negra...! —silabeó el oriental, furioso, con ojos fulgurantes —, ¡Vas a tragarte lo que sabes... y, además, voy a inocularte ese delicioso virus de la locura!
¡Has cometido un grave error al vigilarme!
Y sin mediar más explicaciones, se precipitó sobre ella, atravesando los vidrios de la cabina en un ágil salto de karateka, dispuesto a martillear a la mujer de raza negra con un feroz Oie-Tsuki-Chudan dirigido a su rostro broncíneo y hermoso.
Para sorpresa suya, en medio del estrépito virulento de vidrios pulverizados por el luchador de la organización criminal del Aniquilador, Lena Tiger replicó de modo increíble en una mujer... que no fuera conocida como miembro de los Dragones de Oro.
Lena, la aimidoka más ágil y perfecta de todo el país y una de las mejores, posiblemente, del mundo de las Artes Marciales, hizo una súbita Katate-Dorí, o pre- sa de la muñeca enemiga, de frente, frenando, así, el golpe terrorífico del enemigo y pasando luego a un vertiginoso ataque, alcanzó a su enemigo con un Shomen- Uchi, o golpe sobre la cabeza, en pleno salto de aikidoka, de arriba hacia abajo.
Se tambaleó el oriental, con un chillido agudo de dolor y trató de recuperarse,
utilizando su pierna, y disparando así el pie contra Lena, en un vigoroso pero impreciso Mae-Geri-Chudan.
Lena Tiger exhaló un ronco, gutural grito de combate, evidencia de su concentración en la lucha, y su estallido final de energía, cuando atacó de nuevo, bloqueando el patadón con una presa en el tobillo alzado de su adversario:
—¡KIAI!
Y tras hacerle girar como una peonza, observó que el oriental buscaba algo en su bolsillo, y extraía una especie de aguja hipodérmica con un extraño recipiente posterior, de forma ovoide.
Rápida, sin una vacilación, saltó sobre el enemigo, le hizo una presa férrea sobre la muñeca armada por la jeringuilla y la aguja, por detrás, le dobló ese brazo, y al mismo tiempo, su otro brazo provocó una seca presión en la garganta del enemigo, que hizo crujir sus vértebras.
Cuando le soltó, estaba muerto. Era una presa mortal, una gata de

aikido conocida como Ushiro Tebuki Kubi Dori.
Jadeaba aún Lena, inclinada sobre el cadáver y aquella jeringuilla que, sin duda,
contenía el temible y desconocido virus Mad-77, cuando su instinto le avisó de que algo sucedía en el muelle, a su espalda.
Giró el cuerpo y el rostro con rapidez, elástica como un felino negro y hermoso. Pero eso fue todo lo que pudo hacer. Porque en ese momento, el objeto metálico,
zumbaba en el aire, hendiéndolo hacia ella. No pudo eludirlo, no había tiempo. El arma de metal, en forma de aspa curvada, la alcanzó de lleno en el rostro cortando su mejilla y pómulo, con un golpe seco e incisivo.
Supo que se trataba de un shuriken, arrojado con habilidad de experto contra ella. El skuriken[4], además de cortar su epidermis profundamente, causándole un agudo dolor, debía ir impregnado de algo, porque inmediatamente notó el aturdimiento, la obnubilación de sus sentidos, el acorchamiento de sus músculos...
Deseó mentalmente que no fuese un veneno... o el virus de la locura púrpura, mezclado en aquella sustancia. Vio borrosamente la figura de otro oriental, aso- mando por una esquina de los tinglados portuarios. Notó que se acercaba rápidamente a ella, quiso moverse, hacer algo, pero no fue capaz. Se oscureció todo a su alrededor, y cayó de bruces. Quedó inmóvil sobre el empedrado del muelle.
Apenas llegó a su lado, el segundo oriental recupero de la mano del muerto por estrangulación la jeringuilla y la aguja, que guardó en un estuche plano de metal aluminizado, y lo introdujo en su bolsillo.
Luego cargó con el cuerpo inerte de Lena Tiger y corrió hacia un automóvil aparcado allí cerca. Penetró con la mulata en el vehículo, y éste arrancó con rapidez.
Al otro lado de los muros del tinglado portuario, los policías de servicio en torno al
Victory, no habían podido ver ni oír nada de cuanto allí sucediera.
Lena Tiger, segundo miembro de los Tres Dragones de Oro, había caído, también, en manos del temible adversario. El Aniquilador estaba ganando, por el momento, la siniestra partida de ajedrez entablada.

CAPÍTULO VI
ULTIMÁTUM

—Cortes, arañazos... Cicatrices de heridas incisivas en pies y piernas, en brazos y manos... —reflexionó en voz alta Frank Cole, apartándose del cuerpo rígido y helado, que un funcionario de la Morgue cubrió luego con la sábana, volviendo a introducirlo en el correspondiente cajón frigorífico—. ¿Qué puede significar todo esto, teniente?

—No lo sé. Parecen heridas hechas con alicates, pinzas o cosa parecida... Tal vez fue
torturada en alguna ocasión, no sé... —el policía se encogió de hombros—. Los médicos no saben a qué puede obedecer esa serie de señales y cicatrices.

—¿Qué se sabe de la muchacha, de Fah Sun, exactamente? —indagó Cole—, ¿A qué se dedicaba en Hong Kong?

—Primero, en China Continental, fue profesora de cultura física. Luego, al pasar a Macao, y posteriormente a Hong Kong, Se dedicó a dar clases de gimnasia y atletismo, también era muy aficionada a los deportes acuáticos. Ya sabe: natación, submarinismo y todo eso. Pobre muchacha... Ya la ha visto ahora: color púrpura su piel, desorbitados sus ojos, horriblemente desfigurada por esa clase de muerte que alguien ha creado,“no sé aún para qué... Tal vez contaminada a propósito, tal vez contagiada, Cole...

—Sí, es horrible —asintió Frank, pensativo.

Abandonaron la Morgue. Miró Cole en derredor. Pareció intrigado por algo, pero no comentó nada. Se despidió del teniente Dobkin y entró en su coche. Hizo una llamada por radioteléfono, pero la respuesta fue negativa: Lena Tiger no estaba en casa.

Miró atrás por el retrovisor. Extraño. No le seguía, como había ordenado que hiciera, a prudencial distancia, por si él era, a su vez, seguido por alguien...

Empezaba a sentir cierta inquietud. Por Kwan, sobre todo. Tenía que hacer algo, tratar de localizarle, saber qué pretendían sus raptores. Pero no sabía por dónde empezar. Y tampoco la policía.

Ahora también empezaba a preocuparse por Lena Tiger, sin saber la razón exacta. Algo le decía que tal vez estaba ella también en peligro. Eso no se lo perdonaría nunca.

Regresó rápidamente a la Morgue. La pasó de largo, vigilando en torno. No vio rastro de Lena. Siguió adelante, cruzó de nuevo San Francisco, por donde había ido antes. Llegó otra vez a los doks de Fisherman's Wharf. El Victory apareció en la distancia.

Antes de llegar, frenó su coche. Se quedó mirando una cabina telefónica de vidrios pulverizados. Un agente de policía le detuvo. Cole

frenó suavemente.
—¿Ocurre algo, agente? —se interesó—. Soy amigo del teniente Dobkin, de Homicidios.
Y mostró una tarjeta que le proporcionara Dobkin en una ocasión, con su firma, autorizándole a cualquier tarea poco corriente en un ciudadano normal. El policía saludó, cortés, informando:
—Hemos hallado a un oriental muerto, señor. Al lado de la cabina telefónica. Alguien le rompió el cuello, al parecer, con una presa. También había esto cerca del cadáver, junto a este otro objeto... No sabemos lo que pueda significar.
Le mostraba dos objetos dentro de una bolsa de plástico. Los ojos de Cole brillaron. El sí sabía lo que eran ambos objetos. Su mente estaba funcionando con rapidez. Su rostro se había endurecido bajo los dorados cabellos rebeldes.
Era un botón metálico. Del pantalón de Lena Tiger, sin duda. Lo otro, era un objeto también metálico, pero mucho más sofisticado. Y bastante más enigmático para un vulgar agente de policía.
Se trataba de un shuriken en forma de aspa ondulante, de acero afilado, y con una
sustancia oscura en sus filos. Cole habló con rapidez:
—¿Puedo ver el lugar con mis propios ojos, agente?
—¡Claro! —asintió el policía, cortés—. Venga conmigo, señor Cole...
Le siguió hasta la cabina, sin pisar los pulverizados vidrios. Contempló la escena. Imaginó fácilmente lo ocurrido: un hombre telefoneando, tras espiarles a ellos... Lena, espiando a su vez, sorprende al hombre. Una lucha a muerte. Y le abate. Luego, un tercer personaje interviene. Usa un shuriken con... ¿con veneno o con un narcótico...? Y Lena cae. Pero su cuerpo no estaba allí. Eso daba una esperanza, al menos. Nadie se lleva un cadáver y deja otro. Pero sí se lleva a una persona viva. Por la razón que sea.
Pensativo, se acercó a la cabina. Se inclinó hacia ella. Miró el metal, bajo el vidrio pulverizado. Como sospechaba, descubrió algo allí.
Lena era siempre astuta, rápida de ideas, de reflejos. Inteligente y aguda. Física y mentalmente. Lo había demostrado una vez más.
Acaso en los breves segundos que permaneció junto a aquella cabina, espiando una conversación ajena, supo grabar en el metal de la cabina, con premura, una serie de letras y cifras, usando una tintura especial que ellos habían creado para casos así. Apenas si resaltaba a simple vista. Pero aproximándose a ella, el reflejo de la luz la hacía destacar nítidamente, con un tinte dorado.
Los signos allí grabados no parecían muy claros a primera vista. No obstante, Cole los retuvo en su mente. Y los tradujo casi en el acto, sin lugar a dudas:

Cole no dijo nada. Dio gracias al agente uniformado, y se alejó en su coche. Inmediatamente, mientras conducía con una mano, utilizó con la otra su radioteléfono y conectó con el Departamento de Homicidios. Dobkin ya había regresado. Le informó, escueto, rápido:
—Teniente, han raptado a Lena, si no me equivoco. Mató previamente a un enemigo, rompiéndole el cuello, en los doks cercanos al Victory. Están los policías allí. No tardará en enterarse.
—¡Diablo! —aulló el oficial de Homicidios—. ¿Es que ya no pueden ocurrir más calamidades, Cole?
—No lo sé. Pero escuche esto: Lena dejó un mensaje grabado, antes de interrumpir de alguna manera al comunicante.
—¿Un mensaje? ¿A qué se refiere?
—Es enigmático, en apariencia. Ella escribió esto, exactamente: V-MAD-77-E.332-Ph- Anh. ¿Entiende algo, teniente?
—Ni palabra, Cole. ¿Qué diablos significa ese jeroglífico?
—Se lo diré, aunque al principio yo tampoco lo entendí muy bien. La letra V, creo que tiene un claro significado. El que telefoneó, que sospecho fue quien ha muerto a manos de Lena con su cuello roto, comunicó algo a su interlocutor. Y esa V sólo puede significar una cosa: Virus. Me sigue, teniente?
—¡Cielos, claro que le sigo! Si me ayuda a poner este lío en claro, soy capaz de hacerme discípulo del primer maestro de Artes Marciales que encuentre en las páginas de anuncios comerciales, Cole.
—No hará falta tanto sacrificio, teniente —sonrió Frank, aunque su gesto seguía grave y taciturno, pensando en todo momento en Lena y en Kwan... y en la suerte que podían estar corriendo en la actualidad. Mientras tanto, su coche cruzaba rápidamente las avenidas y calles del centro urbano de San Francisco—. Sigo traduciendo ese mensaje, a mi modo, claro está. La mención Mad-77 puede significar el nombre clave del virus en sí.
¿Se da cuenta? Estamos en 1977. Mad, ya sabe lo que significa[5]. Virus Mad-77. Posiblemente un nombre muy concreto para ellos.
—Sí, quizá tenga razón. Pero... ¿y el resto del mensaje?
—E.-322, seguido de las letras Ph. Sólo se me ocurre una interpietación clara de todo ello: ending 322, phone[6]. ¿Va comprendiendo?
—Por supuesto, Cole. ¿Cree que el comunicante de la cabina llamó a un número que terminaba en las cifras 322?
—Eso es. Y rápidamente, antes de sorprender a su enemigo... o ser sorprendida por él, sólo pudo agregar unas últimas letras: ANH.
—Ya. ¿Y eso significa...?
—Está muy claro: Aniquilador. Es su primera sílaba, ¿lo ve ahora[7]?.

—Sí... —resopló Dobkin—. ¡El Aniquilador!
—Eso es. Primera sílaba del Aniquilador... La cosa está clara. El hombre llamaba al
Aniquilador, a un número que ella no pudo ver totalmente, pero que acababa en 322.
¿Puede comprobar algo, sabiendo la ho,a aproximada, la llamada desde una cabina pública y las tres últimas cifras de ese número?
—No lo sé. Pero voy a intentarlo, Cole. ¿En cuanto a... a Lena...?
—No sé, teniente —dijo, sombrío, el karateka—. No lo sé. Temo lo peor. Ya le llamaré más tarde. Yo también debo investigar a mi modo...
Y colgó, concentrando su atención en la conducción del automóvil, a través del intensísimo tráfico de la ciudad.
Sidney Gordon cambió una mirada pensativa con su redactora. Molly Prentiss. Luego, contemplaron al hombre que permanecía en pie ante ellos, en la redacción del News.
—Lo siento, Cole —dijo el redactor-jefe del periódico—. Seguimos igual. No sabemos
absolutamente nada de nada. Lo peor es que estamos preparando la edición espacial. Y tenemos que advertir a la ciudad del peligro que corre. Es imprescindible revelar la existencia de ese supuesto virus. O nos haremos cómplices de un secreto oficial que puede facilitar una epidemia de muerte.
—Lo sé —asintió Frank gravemente—. ¿Están decididos a dar publicidad al caso?
—Si antes del cierre de la edición, no ocurre algo que nos haga volver atrás, lo haremos con todas sus consecuencias, sí.
—Habrá un pánico colectivo.
—Me temo que sí. Pero no podemos evitarlo. Silenciar eso puede ser peor que extender el miedo a toda la ciudad e incluso a toda California. El virus, si realmente existe, está aquí, ¿no es cierto? —el gesto del joven Gordon era desabrido, casi malhumorado.
—Claro —admitió Cole con calma—. Eticamente, están en su derecho. Sólo me
pregunto si la publicidad mejorará las cosas...
—¿Podrá empeorarlas, con lo sucedido hasta ahora? —terció Molly, inquieta.
—No, me temo que no —tuvo que aceptar Frank, de mala gana, paseando por la oficina del periódico—. Debo admitir que las cosas se han puesto muy feas. Para todos, incluso para nosotros...
—Los Tres Dragones de Oro... —comentó Molly con amarga ironía—. Y sólo queda uno...
—Cabe aún la esperanza de que ellos dos estén con vida, señorita Prentiss —replicó el

karateka, vivamente.
—¡Oh, tal vez! Pero cautivos del Aniquilador. Un fracaso para ustedes, ¿no?
—No definitivo —sonrió Cole, sarcástico—. Aún quedo yo...
Hila no dijo nada. Gordon resopló, levantándose malhumorado.
—Usted tiene razón Cole —aceptó—. No tengo te en nada, pero usted aún no se rinde, y hace bien. Molly siempre ha sido muy pesimista, no le haga demasiado caso...
¿Se sabe algo concreto sobre ese virus que usted dice que ha sido bautizado con el nombre de Mad-77?
—Nada aún —suspiró Frank—. La doctora Ryan y el doctor Feldman parecen trabajar a marchas forzadas en el laboratorio, pero no hay nada concreto. Es demasiado complicado para esperar resultados positivos tan pronto...
—Sí, supongo que sí —Sidney Gordon meneó la cabeza con aire de enfado—. Si al menos supiéramos lo que pretenden y lo que...
—¡Señor Gordon! —le interrumpió una voz brusca, al tiempo que la puerta de su despacho de redacción se abría—. Es urgente, ¿puedo pasar?
—Claro, Archie —asintió, mirando al redactor que aparecía, con una hoja de teletipo en sus manos. El rostro de Gordon se congestionó—. ¿Algo nuevo?
—Me temo que sí —admitió el joven Archie, tragando saliva—. Nuevo... y espantoso,
señor Gordon...
La mano de Sidney Gordon no era muy firme al tomar el fragmento de hoja de teletipo, con un texto impreso. Apenas le echó una ojeada lanzó una imprecación casi soez, sin importarle la presencia de Molly, y luego tendió el papel a Cole con un comentario amargo:
—¡Lo que nos faltaba, Cole! O esa gente se ha vuelto loca... o todos lo vamos a estar muy pronto, si eso se echa en saco roto...
Frank leyó, estupefacto, el texto aparecido en la máquina de teletipo. Era increíble. Pero lo malo es que había que creerlo, en todo su terrible significado:

«Publiquen la noticia a todo el país. Este es un ultimátum. Si el Gobierno no accede a nuestras pretensiones, el virus de la LOCURA PURPURA se extenderá a todo el país en breve tiempo. Exigimos una suma de cien millones de dólares en oro, antes de un plazo de setenta y dos horas. Mientras tanto, como prueba de nuestro poder, la epidemia se irá extendiendo. Dos Di agones de Oro cautivos. Si el tercero intenta algo, ellos serán inoculados. En cuanto acepten condiciones, instruiremos sobre formas de pago. Y detendremos epidemia del VIRUS DE LA LOCURA, con vacuna adecuada.

Esperamos. Prensa, radio y TV nos darán la respuesta antes de setenta y dos horas. Más tarde no habría remedio.

»El Aniquilador.»

Frank Cole dejó caer .el mensaje de teletipo, con gesto desabrido. Sus ojos centelleaban en el rostro bronceado y atractivo, lleno de viril arrogancia.

—Al menos, ya sabemos por qué... —murmuró—. Cien millones en oro... Una cifra que justifica muchas cosas...

* * *

—¿De modo que es eso? ¿Un vulgar chantaje?

—Chantaje, sí. Vulgar... no creo —rió sordamente Cole, sacudiendo la cabeza. Miró con gesto grave al doctor Feldman y a la doctora Ryan —. El Gobierno está entre la espada y la pared. La noticia se va a difundir en las próximas horas. Es inevitable. Los propios medios de comunicación han de dar la respuesta a los chantajistas. Cien millones... o la epidemia de locura se extenderá. El Virus Mad-77 está entre nosotros. No hay otro medio de combatirlo que su propia vacuna, es obvio. Ellos lo crearon, y ellos lo pueden detener. Eso es lo que querían avisarnos gente como el profesor Tcheng Wei o el pobre Pfong Yen, o la auténtica prima de Kwan Shangg, Fah Sun. Pero todos murieron, víctimas del virus o de los asesinos del Aniquilador.

—De modo que el Aniquilador es quien propaga el virus... —murmuró el neurólogo,
inclinando amargamente su cabeza.

—Sí —asintió lentamente Cole—. Es obra de su organización, de sus químicos. Ese jetazo de las bajos fondos de Hong Kong ha encontrado la forma de chantajear a las glandes potencias con una amenaza letal. Añora entendemos por qué un bacteriólogo estaba por medio. Es posible que el profesor Tcheng Wei descubriera el plan y tratara de evitar un desastre en gran escala. Pero él mismo resultó contaminado, como los demás...

La doctora Sharon Ryan paseó por la estancia, pensativa. Su gesto era sombrío, preocupado. Su voz sonó apagada:

—¿Qué piensan hacer?

—No lo sé. Pagar, imagino. Está en juego el país entero.

—¿Y... usted?

—¿Qué puedo hacer? —suspiró Cole—. Estoy atado de pies y manos, ya lo han leído. Kwan Shang y Lena Tiger son sus prisioneros. Parece que aún viven, si no mienten en su mensaje. Y morirán víctimas de esa locura que tiñen de púrpura la piel, si actúo yo.

Los ojos profundos de la doctora Ryan se clavaron en Frank fijamente.

—Pero usted... usted no es de los que ceden fácilmente —suspiró ella

—. ¿Me equivoco, Cole?
El la miró, pensativo. Se encogió de hombros, como presa de un grave dilema.
—No, no cedo fácilmente, pero... —les miró a ambos, casi desesperado—. ¿Qué puedo hacer ahora? Si al menos supieran algo de... de ese virus maldito...
—Lo siento, Cole —dijo gravemente el eminente neurólogo, doctor Peter Feldman,
encaminándose a los cercanos laboratorios—. Seguiré investigando esas células enfermas, pero... aún no hay nada. Absolutamente nada. Lo siento...
Se quedaron solos Frank Cole y la doctora Sharon Ryan, en aquella cabina encristalada, de cruda luz blanca y vertical, como dos personajes de una escena de ciencia ficción en un ambiente aséptico.
Por vez primera, Frank advirtió que la experta de Salubridad Pública era una mujer sumamente atractiva. Pelo rojo, ojos verdes, nariz respingona, boca carnosa, figura de curvas sinuosas y bien moldeadas... Una delicia de doctora. Lástima que no estuviera para esas cosas. No podía apartar de su mente a otra mujer. De piel morena, de otra clase de belleza. Más agresiva, más ardiente, acaso.
Lena Tiger. Era una compañera, una amiga, una camarada en la dura lucha por el bien ajeno, pero... ¿no sería quizá algo más en sus pensamientos, en su modo de sentir?
Claro que también estaba Kwan, su amigo. Eran dos seres entrañables, distintos... No podía pensar en otra cosa aunque quisiera.
Y, sin embargo, de pronto notó que sus pulsaciones subían de ritmo. Eso podía sucederle incluso a un budoka. Sobre todo, cuando notaba el tibio calor de los pechos de una mujer como la doctora Ryan, rozándole descarada y atrevidamente las mejillas.
Alzó los ojos. Notó la mirada turbia de los verdes ojos, la boca entreabierta, húmeda y sensual, la lengua rosada, asomando entre los labios jugosos... La carne de la pelirroja Sharon Ryan, era algo caliente y palpitante. Algo que ardía y vibraba con el contacto.
—¿Qué ocurre, doctora...? —comenzó a hablar, siempre dueño de sí.
Ella no le dejó terminar. Le tapó la boca con sus labios. Notó el contacto vital de aquella boca femenina, el choque de su cuerpo con el de ella. Trató de decir algo, y el murmullo de ella, junto a su oído, fue como una declaración de amor, extraña y aséptica. Como un nuevo pacto, a la luz lívida de un cercano laboratorio:
—Cole, me gustas... Deseo ser tuya... Tengo el precio que vale por tu amor... Cole, no te sueltes, no te apartes... Te ofrezco lo máximo que puedes apetecer.
Creo que sé lo que sientes por esa mujer de color que forma parte de tu grupo... Eres

hombre, a fin de cuentas...
—Sharon, creo que te equivocas... —murmuró Frank, tratando de desprenderse de aquella dulce y cálida tela de araña con olor a carne fresca y joven, a perfume suave y a deseo carnal.
—No me equivoco contigo, Frank Cole. Te deseo. A cambio, vas a tener lo que buscas. Yo... yo conseguí ya lo que no ha logrado el doctor Feldman con toda su sabiduría... Yo... tengo ya localizado y aislado el virus Mad-77... Con eso, quizá logremos una vacuna, un anticuerpo... Mi hallazgo es tuyo, Cole..., a cambio de ti mismo...
Frank no admitía arreglos ni coacciones, cambios ni componendas en tal situación. Pero las palabras de la doctora Ryan eran una esperanza demasiado grande. Y, además, una oferta a corto plazo. Muy corto plazo, porque el amor entre hombre y mujer puede necesitar horas enteras... o sólo unos minutos. Depende de la urgencia. De todo lo demás que rodea al contacto. Y ahora existía esa urgencia.
El contacto sería breve. Pero valía la pena. Era una mujer cálida, ardiente y deseable. Además, le ofrecía algo que los demás no habían alcanzado aún. Cole aceptó tácitamente la coacción femenina.
Al término de aquel embate amoroso, esperaba un resquicio de esperanza para Kwan,
para Lena, para todos los demás amenazados por la locura de color purpúreo...
Se jugó la baza en ese envite. No podía hacer otra cosa. Supo que no debía hacer otra cosa tampoco.
Luego...

CAPÍTULO VII
TERROR ENVASADO

Luego, aquella hermosa mujer de cabellos rojos y cuerpo dócil a las caricias, ávido de placer, cumplió su palabra.
—Esto es, Frank. Ahí tienes tu anhelado Virus Mad- 77...
A través del microscopio, descubrió el microorganismo vírico, moviéndose en el tinte azulado del experimento. Producía desasosiego, repugnancia. Y esperanza, en cambio.
—¿Seguro? —preguntó gravemente, incorporándose y clavando sus ojos en el cuerpo semidesnudo de la doctora de Sanidad que se movía por el aséptico laboratorio—. ¿No hay posibilidad de error?
—No, ninguna. Es un virus creado artificialmente en un laboratorio, a base de ciertos microorganismos extraídos de alguna planta exótica... Será fácil hallar un anticuerpo, una auténtica vacuna. Cosa de días, quizá de semanas...
—No, Sharon —negó Cole—. Ha de ser cosa de horas.
—¿Horas? —musitó ella, mirándole absorta—. Imposible, querido...
—Tiene que ser así. ¿No puedes intentarlo?
—Intentarlo, sí. Pero quizá no resulte... No puedo garantizar nada.
—Garantízame el esfuerzo, el trabajo, el afán de lograrlo ..
—Y a cambio... ¿qué obtengo yo? —pidió la doctora, insinuante, mirándola melosa.
—La gratitud mundial. La salvación de tu pueblo. Tu deber cumplido, velando por la salud nacional. Y...
—¿Y...?
—Y lo que quieras de mí —suspiró Frank—. No puedo ofrecerte más.
—¿Tu amor?
—Si lo sigues deseando...
—Más que nunca, Frank.
—Lo tienes. Lo tendrás.
—También deseo tu nombre.
—¿Mi nombre? —se extrañó él.
—Deseo que seas mío. Para siempre. Mi esposo, Frank.
—Sharon, tu obligación moral es...
—No me hables de obligaciones morales. Tú eres mi precio —dijo ella —. Puedo justificarme sobradamente ante Sanidad. Encontré lo que el doctor Feldman aún no halló. Eso me basta. Nadie puede exigirme una vacuna... en horas.
—Está bien —Cole apretó los labios—. Tienes mi palabra de honor. Seré tu esposo,
¡Sharon si me das esa vacuna antes de... cuarenta y ocho horas.
—La tendrás —prometió ella, triunfante, llameantes de júbilo sus ojos

verdes—. Sé que lo haces por otra mujer. Por Lena... Pero yo te ganaré, no ella. Me conformo con eso, Frank. Vuelve pasado mañana. A esta hora. Creo... creo que tu vacuna para el Virus Mad-77... estará lista. Aunque no duerma una sola hora en dos días completos, Frank, mi amor...

Le dio otro largo y ardiente beso. Frank Cole abandonó los laboratorios, poco después. Dentro quedaba trabajando en el misterioso virus una mujer singularmente apasionada e insaciable. Una mujer hermosa, para quien el amor, el deseo, la carne, estaban por encima de su obligación, de su deber, de todo lo demás.
Frank Cole simplemente, se había limitado a aceptar una situación límite, a cambio
de una promesa que, pese a todo, tenía que cumplir. El sólo tenía una palabra. No amaba a la doctora Ryan. Pero sería su esposo si ella le facilitaba la vacuna.

* * *

—¿Se ha localizado el origen de ese mensaje?
—Por supuesto, Cole —asintió el redactor-jefe del News, Sidney Gordon, más parecido que nunca a Burt Reynolds, con su ceño fruncido y su aire preocupado—. No era nada difícil. Los teletipos tienen siempre un control de origen. Pueden proceder de un aparato clandestino, como en este caso. Pero su punto de proce- dencia, termina por ser localizado sin dificultades.
—¿Y ese punto de procedencia es...?
—Hong Kong, naturalmente —suspiró el joven periodista, sacudiendo la cabeza. Miró a Cole, pensativo—. Muy lejos, ¿no le parece?
—Demasiado, para que estén ya allí Kwan Shang y Lena Tiger. Pero el Aniquilador ha sido informado desde aquí, y su Base ha debido emitir el mensaje desde Hong Kong, eso es obvio. Cambiarán sus puntos de origen de telex muy fácilmente, para evitar ser localizados.
—¿Cree que sus amigos secuestrados están aquí, en San Francisco?
—Puede que estuvieran durante las últimas horas, pero quizá los habrán terminado trasladando a Hong Kong —aceptó Cole, viendo preparar a Gordon las ga- leradas de la siguiente edición—. ¿Publican, por fin, el ultimátum recibido?
—De momento no —confesó con malhumor el periodista—. El Gobierno ha ordenado absoluto silencio^ durante veinticuatro horas como mínimo. Es top secret. Materia reservada, en tanto el presidente, el FBI y la CIA, resuelven lo que debe hacerse. No creo que sea una medida acertada. Pero hay que respetarla...
¿Usted qué va a hacer, Cole?
—Nada —sonrió gravemente el budoka.
—¿Nada? —se sorprendió Gordon, perplejo—. Creí que a los Dragones de Oro les gustaba la acción...
—Y así es. Pero, de momento, no tengo dónde actuar. Ni contra quién. El Aniquilador es un enemigo muy particular... Hasta que no dé la cara de alguna forma, no podré entrar en acción directa. No puedo

enfrentarme contra el vacío, o contra sombras.
—No, supongo que no... —Sidney paseó por su despacho, con las galeradas corregidas en su mano—. Me gustaría ayudarle de alguna forma, Cole, pero me temo que sé tanto como usted, de este maldito asunto...
—Todos sabemos muy poco, Gordon. De todos modos, se lo agradezco... —echó una ojeada a las galeradas, así como a las fotografías del Victory que llevaba en su mano el redactor-jefe del News, para entregar a talleres. De repente, Cole lanzó una sorda imprecación. Gordon le miró sorprendido, y él te tomó las brillantes fotografías de su mano, con una disculpa rápida—: Perdone... ¿Para qué son estas fotografías del Victory?
—Bueno, nadie nos ha prohibido hablar de... de lo ocurrido en ese barco —
confesó, con aire confundido, Gordon—. ¿Es que sucede algo, Cole?
—Sí, creo que sí... Esas cajas de embalaje, Gordon... ¿eran las que descargaban del
Victory?
—Pues claro... —le estudió, perplejo—. No pueden ser otra cosa. ¿Por qué dice eso?
—Son latas de carne de cangrejo y otros crustáceos y mariscos, Gordon... Ahí se ve claramente el nombre en los embalajes: Eastern Fishing Co., Hong Kong, ¿no es cierto?
—Sí, pero...
—Gordon, el profesor Tcheng Wei llevaba algo en sus bolsillos... Algo que la policía aún no ha entendido bien del todo,.. Era una lata de esa marca de envasadora de crustáceos y mariscos...
—¿Y... qué puede significar eso? También a mí me gusta el cangrejo en lata, aquí o
en Hong Kong, Cole...
—Ocurre algo más. He recordado a alguien... a una muchacha china, llamada Fah Sun... La auténtica prima de mi amigo Kwan Shang... Ella venía también de Hong Kong... Y sus piernas, pies y brazos, estaban llenos de unas cicatrices como de tenazas o pinzas. Era así, en efecto, pero tenazas o pinzas de cangrejo... Ella era submarinista en Hong Kong, amigo mío.
—¡Diablo! ¿Adónde quiere ir a parar con todo eso? —se pasmó Sidney Gordon.
—A algo muy sencillo: en Hong Kong se pescan cangrejos especiales para envasar... Y esa envasadora está allí... Voy a hacer dos cosas, Gordon. La primera, hacer abrir la lata cerrada que el profesor Tcheng Wei llevaba consigo.
—¿Y... la segunda? —la curiosidad del excitado periodista, parecía invencible.

—La segunda... volar a Hong Kong. Creo que sé dónde hallar al Aniquilador... y su base con el Virus Mad-77.

* * *

Kwan Shang alzó los ojos, sorprendido.
—Lena... —murmuró, incorporándose con perplejidad y preocupación —. ¿Tú también...?
La joven mulata se limitó a sonreír, con un leve encogimiento de hombros,
mostrando sus muñecas rodeadas por las esposas de acero, mientras las armas de sus acompañantes la empujaban al interior de la celda.
—Ya lo ves, Kwan —suspiró—. Al menos, hay algo que me alegra: estás con vida... Ni Frank ni yo podíamos estar seguros de ello, allá en San Francisco...
—Cuando me recuperé de mi aturdimiento, tras aquel humo narcótico, me
encontré viajando en una avioneta privada, sobre el Pacífico —sonrió Kwan, gravemente—. Todavía no sé lo que piensan hacer con nosotros, pero no creo que sea nada agradable.
Los captores de Lena Tiger dejaron a ésta junto a Kwan y, silenciosamente, abandonaron la estancia. Todos. ellos eran de raza oriental, callados y taciturnos. Bastaba ver su fortaleza, sus poderosos músculos y elasticidad, para comprender que, además de las armas de fuego, tenían otra clase de armas, llegado el caso. Seguramente, todos ellos eran budokas.
La puerta se cerró tras de ellos. Kwan y Lena cambiaron una mirada pensativa.
—Esta prisión debe ser provisional... —comentó Kwan—. De otro modo, no nos dejarían juntos, siendo de diferente sexo. ¿Sabes dónde estamos, Lena?
—No —negó ella—. Me vendaron los ojos cuando el avión alcanzó la costa asiática.
—Igual hicieron conmigo —asintió Kwan—. Luego me pusieron una espesa caperuza. No vi absolutamente nada. Pero aquí huele a mar, a salitre y yodo, cuando se mueve el viento.
Y señaló unas angostas troneras, situadas demasiado altas en el sólido muro, para que ninguno de ellos llegase hasta ellas. Por allí penetraba, simplemente, un poco de luz del día, y lejanos ruidos inidentificables. Un vago rumor persistente hizo afirmar a Lena, tras unos momentos de escucha:
—Sí, debemos estar cerca del mar. Oí el rumor del oleaje cuando me traían hacia
acá. Y noto que, también aquí, se escucha con cierta claridad... ¿Qué

sitio puede ser?
—Lo ignoro, Lena —la contempló, con gesto preocupado—. ¿Qué habrá sido de mi verdadera prima, Lena? No me dijeron nada esos tipos...
—Lo siento, Kwan. —Lena bajó la cabeza—. Está muerta. La locura púrpura... —y le refirió cuanto sabía, hasta entonces, de lo sucedido allá, en San Francisco, al otro lado del océano.
El joven chino escuchó en silencio, sombrío el gesto, pero sin hacer comentario alguno ni revelar exasperación. Sabía controlar sus sentimientos y emociones. Llegado el momento, confiaba en poder expresarlos de un modo práctico y eficaz.
—Mad-77... —repitió, al fin—. Un virus... ¡Maldita sea! No puedo entender nada de esto. ¿Por qué lo hacen, qué persiguen? Es como si también ellos estuvieran locos. Pero no puede ser eso, porque tienen método, parecen tener una idea definida, concreta...
—Me temo que es una poderosa organización que sabe lo que quiere y cómo
conseguirlo, El Aniquilador está tras ellos, y ese misterioso personaje ha sido siempre un cerebro astuto e inteligente, cuyos actos perseguían una finalidad lucrativa.
—¿Crees que van a dejarnos con vida mucho tiempo? Por alguna razón, nos tienen aquí —opinó el joven Kwan, paseando por la celda con gesto meditativo.
—Tal vez seamos sus rehenes... contra Frank —comentó Lena, preocupada.
—Eso le impedirá actuar... —los ojos rasgados de Kwan se elevaron hasta el techo de piedra. Contempló las angostas troneras y tuvo una idea—. Lena, sube sobre mis hombros si te es posible, pese a las esposas. Quizá te sea posible ver el exterior y tener una. más clara idea de dónde estamos...
Ella asintió. Kwan se situó en pie en medio de la estancia, y Lena saltó ágilmente sobre sus hombros, como una acróbata circense, pese a tener esposadas sus manos. Sosteniendo allí el difícil equilibrio, sus ojos alcanzaron las altas rendijas por las que se filtraba la luz, el aire salobre y el rumor del mar.
Decepcionada, saltó de nuevo al suelo, Kwan la miró, interrogante.
—Nada —suspiró Lena—. No se ve nada. Hay un muro delante de esas troneras. Pasa un trozo de cielo lateralmente, con su luz, y se respira aire salobre. Es todo. Lo que haya más allá es imposible distinguirlo. Pero esto parece una auténtica fortaleza, o poco menos.
Kwan Shang no dijo nada, pero su expresión fue elocuente. Decepcionados, ambos jóvenes camaradas se sentaron en las literas que ocupaban aquella celda, y se miraron en silencio. Muy lejano, les llegó ahora en el silencio un ruido repetido, monocorde, mecánico.

Lena alzó los ojos, intrigada. Aguzó el oído. Kwan se encogió de hombros.
—Suena, a veces —dijo—, Y se prolonga durante horas. Parece una máquina, algo que funciona mecánicamente en alguna parte, no lejos de aquí...
Lena asintió, humedeciendo sus labios carnosos. Sólo hizo un breve comentario:
—Me gustaría saber dónde estamos..., aunque eso no nos sirviera para nada.

* * *

Frank Cole contempló largamente la bahía, desde la terraza del hotel. Sus ojos lo escudriñaron todo atentamente.
Más allá de la zona residencial, se extendían los barrios populosos de Hong Kong, abigarrado conjunto de gentes, colores y angostas calles pintorescas. Luego llegaban los paseos de palmeras, los clubs náuticos, el banco de pescadores... Y, finalmente, el mar. Con su mescolanza exótica de yates de recreo, embarcaciones costeras, y juncos chinos de invariables formas.
Y allí, en alguna parte de aquella costa, un lugar donde se preparaba el Virus de la Locura Purpúrea... Estaba seguro de eso. Era la teoría que le había traído a Hong Kong, y estaba dispuesto a confirmarla a cualquier precio.
Regresó al interior del hotel. Se acomodó en una butaca, ante la fresca bebida de zumos de fruta, sin alcohol. Un budoka no debía tomar alcohol, nunca, si quería evitar su nocivo efecto sobre la agilidad mental y física, y su influencia negativa sobre el equilibrio orgánico y psíquico del luchador de Artes Marciales.
Desplegó el plano de Hong Kong que llevaba consigo. Su dedo recorrió toda la
zona costera de la antigua colonia británica de Victoria. Tenía hechos unos trazos con rotulador rojo. Según un informe del Departamento de Pesca de la ciudad, eran las zonas marisqueras y de crustáceos del litoral.
Otros trazos en azul, iban marcando, paulatinamente, conforme a una serie de datos que tenía anotados junto a sí, en un bloc, las zonas pesqueras e industriales de la misma costa, en particular aquellas dedicadas a la conservación o enlatado de crustáceos y mariscos.
Se detuvo bruscamente. Examinó, pensativo, el gráfico resultante sobre el mapa, de todos sus apuntes en dos colores.
Solamente en un caso, coincidían perfectamente dos círculos, uno rojo, más amplio, encerrando en su interior otro azul más pequeño.
Aquella' zona marcada, no sólo era cangrejera, sino que en ella había

una
industria. Era preciso saber cuál. Tomó una guía telefónica de la ciudad y alrededores de Hong Kong. Buscó en sus páginas un nombre concreto.
No tardó en hallarlo. Su dedo lo señaló firmemente:
Eastern Fishing Pack Corp. - Industria conservera de crustáceos y mariscos.
Tenía dos direcciones. Unas oficinas en el centro de la ciudad, y la factoría enlatadora. Esta última correspondía a unas señas peculiares:

Costa Sur - Isla Cangrejo. Factorías Generales.

Tenía una centralita y otros dos teléfonos accesorios. Cole lo anotó todo. Luego, descolgó el teléfono y pidió comunicación con el Servicio Costero de Información. Pidió datos sobre el emplazamiento exacto de Isla Cangrejo.
Se lo dieron con detalles, así como su situación en el plano oficial de la ciudad. Cole marcó el punto exacto.
Coincidía con los dos círculos, el rojo y el azul, exactamente.
Se quedó contemplando el gráfico. Luego se puso en pie. Volvió a llamar por teléfono, esta vez a larga distancia. La voz de Dobkin le llegó, lejanísima.
—Soy Cole, desde Hong Kong —dijo el Dragón de Oro.
—¡Frank! ¿Qué diablos hace tan lejos ahora? —excitóse el oficial de policía—. Se está terminando el plazo y...
—Escuche, Dobkin. Tengo una pista. Puede ser falsa o no, pero la tengo. Informe e Interpol y pida ayuda a la policía de Victoria de modo oficial. Yo voy a ocuparme extraoficialmente del asunto, lo antes posible. Es preciso que Kwan y Lena estén libres, antes de que el
Aniquilador considere acabado el plazo de su ultimátum. En cuanto al Virus Mad-77... incáutese de todas las latas de cangrejo que transportó el Victory a puerto. Dentro de esas latas van las dosis del virus con que piensan extender la epidemia por toda la ciudad. Y debe haber otros cargamentos en otros puntos de la costa californiana, por si les fallaba el Victory, como así ha ocurrido al ponerlo en cuarentena.
—Perfecto, Cole. Haré todo eso. Pero usted...
—Yo voy a trabajar a mi modo —dijo Frank—. Hasta pronto, teniente... si vuelvo con vida a San Francisco. Deséeme suerte. Voy a necesitarla.
Y colgó, con una fría y serena expresión de calma en su rostro, que en nada presagiaba la tensión en que se hallaba, y la dificultad de lo que le esperaba.

CAPÍTULO VIII
BUDOKAS SUBMARINOS

Caía la tarde sobre la bahía y el litoral de Hong Kong. Las luces empezaban a salpicar de colores vivaces las colinas y pendientes de la pintoresca ciudad asiática. Luminosos multicolores, la mayoría de ellos con caracteres chinos, invadían las zonas portuarias y el centro comercial de la urbe.

Los juncos se iban retirando, de regreso a tierra, con su pesca habitual. El mar tomó paulatinamente un color oscuro, azul intenso, lo mismo que el cielo estrellado. La brisa se hizo fresca, con fuerte aroma a sal y yodo.

La canoa a motor ronroneó suavemente en el club náutico, saliendo a escasa velocidad en dirección a alta mar. A bordo, viajaba solamente un hombre. Un hombre de cabello dorado, rebelde, ojos grises como el acero y facciones viriles y hermosas, que reflejaban una fría determinación y una lucidez tensa.

No llegó a adentrarse en el mar, aunque lo pareciera así para un observador interesado en seguir su trayectoria... Apenas llegó a unos promontorios internados en las aguas, rodeó éstos y, ya a resguardo de posibles vigilantes, rectificó su rumbo y se movió pegado a las playas y arrecifes, en dirección a un islote rocoso, solitario, erguido a poca distancia de tierra, y en el que se veían brillar luces, en medio de un armazón de hierro y ladrillo. Un indicador señaló, al paso de la canoa:

«Prohibido el paso. Zona de pesca privada. Factorías Eastern. Isla Cangrejo.» Desvió la canoa para no penetrar en la zona particular de pesca de industrialización.

La motora, suavemente, ronroneó al apagarse su motor y posarse suavemente junto a la franja de arena. Frank echó el ancla, mientras se despojaba de sus ropas.

Debajo de ellas, apareció un completo atavío de goma azul, adecuado para la

inmersión. Completó el equipo con el casco, las gafas y la botella de oxígeno, y se dispuso a la inmersión. Llevaba consigo solamente un rifle de pesca submarina.

Caminó por el borde arenoso, para adentrarse en las aguas. De repente, se paró en seco. Sus ojos escudriñaron fríamente la oscura superficie del mar. Notó el remolino y el burbujeo en ella. Luego empezaron a asomar cabezas brillantes y negras.

Eran hombres. Submarinistas. Contó hasta media docena.

Todos iban provistos de rifles submarinos con arpones, y también con otras armas que no tenían nada de submarinas: pistolas automáticas,

provistas de silenciador.
Le estaban rodeando, en silencioso cerco. Parecían saber perfectamente dónde se hallaba, pese a la creciente oscuridad del lugar, sólo alumbrado por las estrellas ahora, y por el reflejo de las luces algo lejanas del islote donde se alzaba la factoría conservera Eastern.
Posiblemente eran budokas, dada su postura y movimientos. No auténticos luchadores limpios y honestos, como los practicantes de Artes Marciales, "sino gente que había aprendido las formas de lucha oriental sólo para servirse de ellas en beneficio propio y de quien les pagase. Era la forma más indigna imaginable para un budoka de utilizar las enseñanzas de lo que sólo debía servir para hallar el Do o camino de la paz espiritual y física y el equilibrio interior y físico del hombre.
Además de eso, iban armados peligrosamente. Y so disponían a atacarle sin contemplaciones, seguros de su victoria, dada su superioridad numérica y la presencia de armas de fuego en sus manos.
Frank Cole les estudió en breves instantes. No había mucho tiempo para pensar una
forma de acción. Simplemente, utilizó el esquema de la kata llamada Pinan- Sono-Ni o Pina-Nidan.
E inmediatamente, lo puso en práctica, lanzándose vertiginosamente sobre la media docena de atacantes que le rodeaban por doquier.
Lo que se tarda en explicar la forma en que luchó Frank Cole contra aquellos hombres armados, ocupa mucho espacio y tiempo. Limitándose la descripción a lo más preciso también es infinitamente más prolongado que lo que duró la lucha en las arenas y las aguas de la desierta playa, a la luz de los astros nocturnos.
En segundos escasos, el cuerpo de Cole se proyectó sobre los seis hombres, girando sobre sí mismo vertiginosamente en cada caso, describiendo vertiginosas vueltas o Mates, para enfrentarse a cada uno de ellos y, antes de que pudieran utilizar ellos sus armas, una sucesión fulgurante, continuada e implacable de paradas en Uchi-Ude- Uke, o en Age-Uke, iba disparando sus mano y piernas en elásticos, potentísimos golpes de ataque, que diezmaban las filas e impedían el uso de armas de fuego o de los propios fusiles subacuáticos, ya que los impactos Tsuki-Chudan, con sus puños, y los Koko-Geri-Jodan, con sus pies, los Nukites devastadores al estómago enemigo, los Mae-Geri Jodan, y toda la gama formidable de impactos de karateka experto, proyectaron, inconscientes o sin vida, los cuerpos de sus atacantes por la arena y el suave oleaje, como vulgares piezas de una máquina desmantelada.
Del pecho, de todo el ser de Cole, brotó el formidable grito, cuando los

dos últimos adversarios, aturdidos e impresionados por aquel titán demoledor que se les venía encima, se sintieron aún más sobrecogidos por la influencia de la voz de guerra del budoka.
—¡KIAI!
Y saltaron como peleles los dos últimos, martilleados por pies y puños del budoka rubio. Uno se estrelló en las rocas, pereciendo en el acto. El otro estaba muerto ya al caer. Frank Cole, como cualquier luchador de Artes Marciales, no deseaba la muerte ajena. Pero ahora eran su vida, la de Kwan y Lena, y la de otros muchos, las que estaban en juego. No había elección posible.
Rápidamente, se inclinó sobre uno de los caídos. Le quitó el traje de inmersión,
descubriendo debajo una figura de piel aceitunada y rostro de rasgos oblicuos. Se despojó él mismo del suyo, y lo cambió por el negro del adversario, aplicándose luego las especiales gafas que cubrían y desfiguraban su rostro ante cualquier observador.
Ataviado de ese modo, penetró rápidamente en las aguas. Estas le cubrieron, y Frank Cole, sumergiéndose cuanto le fue posible, buceó en dirección al islote donde se alzaba la factoría de la envasadora de mariscos.

* * *

La oscuridad de las aguas se convirtió repentinamente en tenue claridad, allá al fondo. Frank Cole descubrió bajo esa luz, las formas incontables de grandes grupos de cangrejos, moviendo sus cuerpos oscuros, de grandes pinzas, entre la arena y las rocas.
Evocó a la joven prima de Kwan y se estremeció. La herida de aquellas pinzas era profunda y dolorosa, sin duda alguna. Evitó el contacto con los crustáceos y observó la luz acercándose a ella.
Era una claridad procedente de una especie de lámparas submarinas que marcaban
la existencia de una angosta abertura o cueva abierta en la roca, allá frente a él.
Cole se movió, con rapidez, en esa dirección. Alcanzó la oquedad, oscura y profunda. No vaciló un instante.
Penetró por ella sin dudarlo, y la oscuridad se hizo completa durante un largo trecho, mientras se diluía la luz allá, a sus espaldas.
Recorrió en su buceo un largo túnel horadado en la roca viva, por cuyo suelo se veían reptar infinidad de crustáceos de todo tamaño, pese a la escasa claridad reinante en el lugar. Al final del recorrido, apareció otra luz, ante una especie de abertura vertical, que se abría, ahora, sobre su cabeza, en el techo del angosto sendero submarino.
Cole remontó las aguas, en vertical, buceando con elástica rapidez.

Subió y subió, y de repente se terminó el agua sobre su cabeza. Emergió en una especie de embalse natural, dentro de la roca, rodeado por doquier de peñascos. Unas escalerillas metálicas, incrustadas en la roca viva, conducían al exterior, a la especie de círculo que rodeaba aquel embalse.
Había una puerta, también metálica, en un punto de aquel ruedo pedregoso. No
descubrió a nadie en derredor.
Cole salió de las aguas. No se despojó más que de la carga de oxígeno, para moverse con mayor facilidad, pero sin quitar de su rostro las gafas que formaban una perfecta máscara amarilla, sobre el negro chorreante y lustroso traje de inmersión.
Caminó hasta la puerta metálica. La empujó, sin pensar nunca que pudiera abrirse. Y se equivocó. Cedió suavemente, con un leve chirrido de bisagras. Se encontró ante otro corredor, éste ya en terreno seco, sin agua por ninguna parte. Una escalera, al fondo, ascendía a alguna parte. Frank siguió ese camino resueltamente, como si fuese un habitante de aquel lugar.
De ese modo alcanzó la amplia sala, quedándose un momento pensativo, deslumbrado por la serie de luces potentes que festoneaban las altas vigas entrecruzadas de hierro. En medio de la nave de muros de cemento descubrió largas filas de cangrejos cocidos, que se movían sobre bandas en marcha, y por el camino iban siendo separados de sus cáscaras y cortados a trozos por máquinas automáticas, para terminar penetrando en otro sector, donde se los introducía en latas, y éstas, posteriormente, eran cerradas y etiquetadas, pasando a almacenarse en grandes cajas de cartón, junto a las cuales había una serie de operarios provistos de mandiles de goma, largas batas y manos enguantadas, trabajando en la tarea con mecánica rutina.
Estaba en el corazón mismo de la envasadora. Tenía todas las trazas de ser solamente lo que aparentaba ser, pero Frank Cole sabía que no podía estar equivocado, que allí se encontraba forzosamente la clave de la siniestra locura púrpura.
Aquélla era la base desde donde el Aniquilador había enviado el Virus Mad-77 a Estados Unidos, con la idea de provocar un pánico colectivo ante la epidemia bac- teriológica, y chantajear así al Gobierno de la nación con sumas fabulosas.
Cole caminó con total despreocupación por entre los operarios. Ninguno de ellos le miró con sorpresa a desconcierto, lo cual era prueba evidente de que los submarinistas de negro uniforme de goma eran allí personas normalmente visibles.
Uno se dirigió a él en lenguaje chino, para indicarle que el patrón había llegado en ese día, y que otros compañeros habían ido a tierra

para un servicio especial. Cole asintió con la cabeza, sin responder, inclinando el rostro para que no advirtieran el color de piel de su mentón, bajo las gafas acuáticas.
De sobra sabia él que otros buceadores habían ido a tierra para algo muy especial: matar a Frank Cole. Ese era su servicio nocturno. Ahora sabía que era por orden directa del patrón.
Y ése no podía ser otro que el tenebroso personaje conocido en los bajos fondos de
Hong Kong con el nombre del Aniquilador.
Siguió adelante. Una especie de montacargas se hallaba al fondo, y su destino debía ser un nivel elevado, sobre la nave industrial, donde se leía, sobre una puerta metálica:

OFICINAS - DIRECCIÓN

Tranquilamente, Frank probó fortuna. Subió al montacargas. Este se elevó con rapidez, al presionar él, un botón. Se detuvo en la planta de las oficinas, y salió tranquilo de la cabina elevadora.
Empujó aquella puerta, con decisión creciente. Se halló en unos corredores bien iluminados, fríos y de muros lisos, impersonales y asépticos. Una serie de puertas se abrían al fondo.
Frank caminó en esa dirección con paso elástico, todos sus sentidos en guardia. Al llegar ante la puerta donde se leía Dirección, se decidió. Empujó la puerta con energía. Asomó al interior.
—Bien venido, Cole —dijo una fría voz—. Le estaba esperando...
Frank miró ante sí, a través de las gafas amarillas que, al parecer, no engañaban en absoluto a aquel hombre.
No estaba solo su extraño anfitrión, sino rodeado por una docena de hombres de raza amarilla, con blusa y pantalón de seda negra, y un emblema en el pecho, que no era otra cosa que una simple letra o símbolo chino que significaba Aniquilador.
El extraño ejército se mantenía quieto, sin muestras de agresividad hacia él. Tampoco
su jefe demostró violencia alguna. Era como si las cosas estuvieran resultando conforme él había previsto.
Si se trataba del Aniquilador en persona, como imaginaba Cole, no dejaba ver su
identidad al joven budoka americano. En vez de ello, cubría su cuerpo con una negra y larga túnica, tenía las manos enguantadas de negro, y una caperuza ajustada envolvía su cabeza, dejando ver sólo el brillo de unos ojos astutos y fríos, tras las rendijas de la negra máscara.
—Parece un baile de disfraces —comentó Cole, fríamente, sin moverse.
—Es práctico, para esconder el rostro y la identidad —rió su

interlocutor, suavemente—. ¿Esperaba acaso ver mi cara, Cole?
—No sabía lo que esperaba. Creí que usted estaría en San Francisco, no aquí. No podía imaginarle lejos del escenario de su golpe teatral al Gobierno de Estados Unidos, Aniquilador.
—A veces hay que estar en muchos sitios a la vez —comentó irónicamente su
adversario—. ¿No le sorprende que conociera sus movimientos, Cole?
-—No mucho. Ni veo que a usted le sorprenda mí presencia aquí.
—Claro que no. Le envié a esos hombres para que le mataran, si ello era posible. Pero de haberlo logrado ellos, me hubiera sentido profundamente decepcionado, Cole. Le imaginaba tal como es: un enemigo duro y peligroso. Muy peligroso.
—Me doy cuenta. Lo ha previsto casi todo...
—No. Casi todo, no. ¡Todo! Ahora, está usted aquí. Es mi huésped Como lo son sus entrañables amigos, Kwan Shang y Lena Tiger.
—¿Los conserva con vida? —los ojos acerados de Cole brillaron, fijos en el enmascarado.
—Por supuesto —rió el Aniquilador—. No tenía por qué matarles. Ellos y usted son un preciado rehén. Una victoria importante se materializa en eso. No todo el mundo ha logrado vencer a los Tres Dragones de Oro.
—Usted parece ser el primero. Pero aún no estamos vencidos.
—Desengáñese, Cole. Lo están. No pueden hacer nada por salir de aquí ni salvar su vida.
—¿Piensa asesinarnos?
—Ni siquiera eso me hará falta, Cole. No necesito matar a nadie con mis manos. El virus se encarga de ello adecuadamente.
—Entiendo. Una inoculación del Mad-77... y el propio mal provoca la muerte, el suicidio de la víctima, ¿no es así?
—En efecto. Hoy, mi telex enviará un nuevo mensaje a su Gobierno. Será un
aplazamiento, por veinticuatro horas, del término de mi ultimátum. Pero con una muestra de mi poder, para persuadirles más fácilmente. Más de dos mil personas morirán de locura púrpu ra, sólo en San Francisco. Eso les convencerá mejor que todas las palabras.
—He hecho controlar e incautar todas las cargas de latas de cangrejos de su marca, Aniquilador. ¿Cree que podrá hacerlo?
—Es muy listo, ¿eh? —los ojos centellearon tras la caperuza—. Le admiro en el fondo,
Cole. Es un enemigo digno de mí. Mi victoria sobre ustedes tres me complace y me halaga más que ninguna otra. Sí, podré hacerlo, pese a todo. Hay otras latas de mi marca, con el virus dentro. Mi gente sabe cómo distribuirlas...
—¿Y si le dijera que Sanidad Nacional ha encontrado ya un antídoto,

una vacuna contra su famoso virus?
—Le diría que está mintiendo. Es como el jugador de póquer que lanza un farol. Es una
jugada tonta, Cole. No me defraude. No existe vacuna posible. Ni siquiera tienen bien conocido el virus, aunque estén logrando aislarlo. Y no tendrán tiempo de aplicarla a toda la dudad de San Francisco, esté seguro de ello. Yo daré la orden esta misma noche. Antes de que ustedes tres sean inoculados. En menos de doce horas, la ciudad de San Francisco vivirá un terror como jamás conoció, ni siquiera cuando el terremoto de 1906.
—Si al menos pudiera impedir que usted presenciara su triunfo...
Y comentando esto, Frank Cole entró en acción. Se precipitó vertiginosamente sobre el encapuchado, describiendo un salto fantástico, sus piernas por alto. Disparó su pie hacia el adversario, en un golpe terrorífico de Koko-Geri-Jodan.
Se estrelló contra algo, un muro inexpugnable y transparente, que le separaba de su
adversario. Notó un intenso dolor en su pie, golpeado contra aquella muralla invisible. Cayó al suelo, víctima de su propio impulso.
Miró desde allí al impávido encapuchado y su docena de leales uniformados de negro. Ninguno de ellos se había inmutado siquiera.
—Debí imaginarlo —dijo Cole—. Un cristal blindado protector, ¿no es cierto? Su voz llega por medio de un micrófono hasta mí. No puedo darle alcance.
—Exacto —rió huecamente el Aniquilador—. No podía confiarme con un hombre como usted. No puede darme alcance. Está en mi poder, Cole. Los tres están en mi poder. Es mi victoria definitiva. La derrota para los Tres Dragones de Oro. Y la muerte, claro...

CAPÍTULO IX
MUERTE PURPURA

La muerte.

Estaba allí. Ante ellos tres.

Frank Cole, Lena Tiger y Kwan Shang. Los Tres Dragones de Oro, los invencibles budokas de San Francisco. El mejor karateka, la máxima aikidoka, el felino del Kung- Fu. Todos condenados a morir. Una muerte singularmente horrible la que les esperaba.

El virus Mad-77. La locura purpúrea.

Contemplaron los tres, esposadas sus muñecas, los preparativos del Aniquilador, en la estancia del teletipo suyo, dispuesto a transmitir a Estados Unidos el mensaje final, el ultimátum decisivo, que marcaría su propio fin. y el de más de dos mil seres inocentes, allá en California.

—Sus cadáveres serán enviados por avión a San Francisco —informó el Aniquilador—. Será un arma de persuasión más. Y podrán ser enterrados en su amada ciudad.

Ninguno de los tres dijo nada. Se miraron todos entre sí, pensativos. Ni una sombra de miedo o de preocupación alteraba las facciones de los jóvenes luchadores. Sabían siempre controlar sus emociones. Y afrontaban serenamente su destino.

El virus estaba ante ellos. Una presencia silenciosa, siniestra y terrible. Una forma diabólica dé muerte, en manos de un criminal despiadado y ambicioso hasta la megalomanía más devastadora. Un peligro para el mundo.

No sólo era un virus inyectable. Ahora entendía Cole cómo pudieron ser contaminadas personas como el profesor Tcheng Wei, como Fah Sun o como el marino del Victory.

Había unas láminas de material plástico. Parecían inofensivas, pero a través de un poderoso microscopio, podían verse millones de virus creados en los laboratorios del Aniquilador. El propio Cole había sido invitado poco antes al dudoso honor de contemplar aquellos microorganismos letales.

—Las placas se ponen en contacto con la piel de la persona —dijo suave,

cruelmente, la voz del Aniquilador—. Rápidamente se infiltran a través de los poros, llegan a la sangre y suben al cerebro en un período de tiempo relativamente corto. Apenas lo alcanzan, producen los edemas, la paralización circulatoria... y el tono púrpura tiñe la piel, al tiempo que la persona entra en crisis demencial.

Ninguno de ellos se mostró impresionado por el relato de la muerte que les esperaba. El Aniquilador añadió, con voz apacible:

—Este es un invento del profesor Tcheng Wei, realmente. Confió en mí, sin saber que yo era el Aniquilador, y me rogó que le ayudase a destruir sus hallazgos, que podía ser una maldición para la humanidad. En vez de eso, me quedé con la fórmula... y le inoculé a él su propio virus. Creo que no lo sospechó hasta encontrarse en San Francisco y advertir los síntomas. Entonces se dio cuenta de que las latas de cangrejo portaban dosis de virus inyectable, con destino a los Estados Unidos, y quiso avisar a

la policía, a ustedes tres, a Sanidad... No logró mucho, ¿verdad? Pfong Wen había trabajado con él en los laboratorios, y trató de traicionarme al asustarse de las consecuencias de su acto, después de haberse unido a mí. El pobre diablo no sabía que ya le había inoculado también el virus...
Parecía feliz con su relato. Luego, hizo un gesto. Sus silenciosos servidores de
atavío de negra seda, se movieron. Frank Cole observó que preparaban las láminas plásticas para ellos. El Aniquilador sonrió al ver la mirada de Cole fija en las manos enguantadas de los servidores.
—No se preocupe por ellos. Están inmunizados -—le dijo.
—¿La vacuna dura indefinidamente? —preguntó Cole secamente.
—No. Es su peor fallo. Dura solamente un cierto número de horas. Hay que repetirlas siempre, con ciertos intervalos, para estar seguros de su efecto. ¿Quiere ver una demostración? Yo poseo dosis de vacuna conmigo...
Frank no dijo nada. Se encogió de hombros, cambiando una rápida mirada con sus amigos. No podían luchar de ninguna forma El Aniquilador sabía la clase de adversarios con quienes se enfrentaban y, ahora, ya sin pared de vidrio irrompible entre ellos, había optado por asegurarse a fondo.
Los Tres Dragones de Oro no sólo estaban esposados, sino que sus pies aparecían
sujetos al muro con una especie de sólidos grilletes de acero, de muy corta extensión. No podían prácticamente desplazarse ni hacer movimientos bruscos o potentes. Estaban impotentes, en manos de su adversario.
—Me gustaría ver de cerca esas vacunas —dijo Cole fríamente—. Es simple curiosidad, claro.
—¡Las verá! —rió gravemente el encapuchado.
Extrajo algo de sus ropas. Un estuche que abrió ante los ojos de Cole. Este trató de ver más de cerca, logrando descubrir cosa de una veintena de cápsulas pequeñas, como grajeas de gelatina oscura, alineadas sobre el fondo de la caja.
—Parecen tan insignificantes... —comentó.
—Sólo lo parecen. Son el anticuerpo. Ingerida esta vacuna, durante una serie de horas es imposible que el virus ataque... Casi un día entero duran sus efectos. Vea, voy a tomarla ante ustedes...
Cole hizo un movimiento brusco, como queriendo tomarlas para sí. Derribó la caja,
se apoderó de un puñado de cápsulas gelatinosas. Pero antes de que pudiera llevarlas a la boca, como parecía pretender, se le cayeron de las manos, rodando por el suelo. Apretó Cole sus puños, como si por

un instante, la rabia interior por el fracaso le dominara.
El Aniquilador se echó a reír suavemente.
—No hubiera logrado nada —dijo, inclinándose a recogerlas—. Sencillamente, hubiese esperado veinticuatro horas más... y hubiesen corrido la misma suerte, una vez nula la vacuna preventiva... Pero veo que se aferra a la vida con todas sus fuerzas, Cole. Lástima que no pueda retenerla consigo, como desea...
Tranquilo, sonriente, el encapuchado tomó una de las grajeas de gelatina. Alzó su caperuza lo justo para engullirla. Cole le miró. Apenas si dejó ver su rostro el enmascarado.

Pero al budoka le bastó. Identificó al Aniquilador; supo quién era. Sólo era una simple confirmación. Ya creía saber de antes quién se ocultaba bajo aquella caperuza negra.
—Perfecto —dijo el supercriminal, haciendo un gesto a sus hombres —, ¡Actuad,
vamos! Aplicadles esas láminas a la piel. En el rostro mejor. Así, todo será más rápido.
Y, tranquilamente, él se encaminó al teletipo y comenzó a manipular en él, empezando la transmisión de su mensaje de ultimátum al Gobierno norteamericano, sin dejar de mirar a sus tres cautivos.
—Adelante —ordenó a sus hombres.
Y éstos, implacablemente, aplicaron las láminas de plástico al rostro de Lena, de
Kwan Shang y de Frank Cole.
Millares de virus penetraron en la piel de los Tres Dragones de Oro.
Acababan de inocularles la trágica y mortífera locura púrpura. En dosis muy fuerte y directa. En cosa de pocos minutos, se produciría la crisis.
Y luego, la muerte.
Una muerte dolorosa y terrible como ninguna.

* * *

Los personajes de la tragedia se miraban en silencio. El teletipo funcionaba, transmitiendo el mensaje del Aniquilador. Este contemplaba, frío y cruel, a sus víctimas, esperando la aparición de la reacción demencial.
Frank Cole, Kwan Shang y Lena Tiger, se mostraban inexpresivos, serenos, llenos de una altiva tranquilidad. Como si morir no tuviera importancia alguna.
—Se demora algo —dijo bruscamente el Aniquilador.
—Sí —dijo Cole con frialdad—. Se demora un poco. Pero no tardará mucho en presentarse los primeros síntomas...
El Aniquilador soltó una breve risa y asintió:
—Debo felicitarles a los tres —dijo—. Son admirables aun en su último momento. No logro descubrir miedo en sus rostros, en su mirada. Nada en absoluto. Como si no fueran humanos.
—Somos humanos —asintió Cole—. Pero sabemos guardarnos nuestras emociones...
El encapuchado resopló. Parecía inquieto. Notó Cole su rápido parpadeo tras la máscara. Los dedos enguantados se movieron nerviosos.
—No lo entiendo... —masculló el asesino.
—¿Qué no entiende? —sonrió Cole, glacial—. ¿La falta de síntomas

en nosotros tres... o la aparición de los síntomas iniciales EN USTED MISMO?
El Aniquilador le contempló, perplejo. Miró sus manos. Temblaban. Ligeramente al principio. Con más fuerza después. Luego, miró a sus esbirros. Estos parecían también inquietos, se movían con nerviosismo poco frecuente en los orientales. Incluso resoplaban, respiraban agitadamente...
La respiración, bajo la caperuza negra, se hizo asimismo ruidosa, irregular. Exhaló un gruñido ronco.
—¿Qué .., qué me sucede? —jadeó—. ¿Qué es esto?
—Eso es... la locura púrpura, amigo mío —dijo Cole con gravedad—. Lo sabe. Conoce muy bien los síntomas, ¿verdad? Empieza a hacer su efecto. Usted..., usted y todos sus servidores... Están siendo presa del virus...
Aulló repentinamente el Aniquilador. De un golpe seco, se arrancó la caperuza, con violencia. La tiró al suelo. Lena le miró, asombrada. Cole, con lástima.
—¡Sidney Gordon, el redactor jefe del News de San Francisco! —gritó suavemente
Lena.
—Sí, Lena —afirmó Cole—. El único que sabía de mi viaje a San Francisco... Es la trampa que yo le tendí. Para entonces..., ya disponía yo del virus... y del antídoto. Sólo que lo traje en cápsulas parecidas... y usted, Gordon, se tragó ¡as que yo tiré al suelo... NO LA VACUNA... Véala... Aún la tengo aquí...
La mano cerrada de Cole se abrió. Allí estaban las cápsulas oscuras que arrebatara. Idénticas a las otras que él mismo dejó caer luego al suelo, guardando en su puño las auténticas...
El rostro horrorizado de Sidney Gordon, antiguo corresponsal en Hong Kong, e identidad real del Aniquilador, reveló un pánico irrefrenable. Sus ojos enrojecidos se desorbitaron. Contempló a sus hombres que, como él, tomaran las mismas cápsulas. Su aspecto también empezaba a cambiar.
—No... no es posible... —susurró—. Usted no podía tener... el virus... y la vacuna...
—Se equivoca, Gordon. Una mujer trabajó activamente para lograrlo. Una noche entera, tras aislar el virus, estuvo fabricando esas cápsulas, por indicación mía, en los laboratorios de Sanidad. La doctora Ryan... obtuvo el antídoto. Y me entregó unas cápsulas de cada cosa. Si resultaba mi plan..., triunfaría aquí mismo, en su propia madriguera, Gordon. Para eso vine a Hong Kong... Nos ha suministrado usted el virus, pero estamos recién inmunizados y soportamos eso. En cambio, usted, con la vacuna ya casi extinguida, ha tomado una dosis concentrada de alta potencia. Vea cómo se

presenta ya el mal...
Enrojecía paulatinamente el asesino. Y enrojecían sus hombres. La piel se teñía, primero de rojo, luego de un púrpura azulado... Gritos roncos, ininteligibles, partieron de sus bocas crispadas. Se les desorbitaron los ojos. Terribles dolores cerebrales debían lacerar sus cráneos y enloquecerles ferozmente.
En su demencia, deseaban terminar de alguna forma con aquel dolor. Eran como
bestias aullantes. Se golpeaban de pronto contra los muros, se martilleaban la cabeza de modo brutal, hasta sangrar.
Lena Tiger cerró sus ojos, angustiada. Cole musitó a su lado:
—Lo siento. No había otro medio... de triunfar. Después de todo, son sus propias armas, no las nuestras. Y era su vida... o la nuestra y la de miles de seres inocentes...
—Lo entiendo, Frank —susurró ella—. Pero es demasiado horrible...
—Así hubiéramos terminado nosotros —dijo Kwan amargamente, viendo cómo el Aniquilador y sus hombres se estrellaban una y otra vez contra el muro, enloquecidos, aullando frenéticos, desesperados, deseando acabar cuanto antes con sus vidas.
Cayeron, malheridos o muertos, inconscientes o moribundos, sus cabezas sangrando tras los embates en las duras paredes. El Aniquilador estaba sin vida, a los pies de Cole.
Este se inclinó. Buscó en sus ropas, y halló las llaves de sus grilletes y esposas. Soltó las presas de acero, y suspiró al verse libre, junto con sus compañeros.
—Ahora, salgamos de aquí —dijo—. Lo más difícil, está logrado. Nadie va a detenernos. Una vez fuera... regresaremos con la patrulla costera. Y luego... creo que podremos regresar a San Francisco. La doctora Ryan debe haber vacunado ya a mucha gente... Tengo que verla... y darle las gracias por todo.
Lena le miró. Acaso un único sentimiento humano rompió su dominio de sí misma en ese momento. Un sentimiento muy femenino. De celos y despecho.
Pero lo guardó para sí. Y se dispuso a colaborar en la salida de la madriguera del
Aniquilador.
Como dijera Cole, ahora quedaba lo más fácil. Lo peor, estaba hecho.
La locura púrpura, ya no sería una amenaza para el mundo.

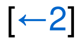
FIN

Notas

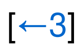


[←1]

Véanse anteriores títulos de la serie ¡KIAI!, escritos por Curtis Garland. En ellos podrá conocer el lector a estos tres personajes, protagonistas de todos los episodios. (N. del E.)



Para más detalles sobre la fortuna de los Dragones de Oro y su misterioso origen, el lector puede acudir a Tres Dragones de Oro, número 9 de esta colección. En esa obra se relata el inicio de los tres budokas en la lucha contra el crimen y la injusticia.



Aproximadamente, unos ciento veinticinco kilos de peso, y un metro noventa y cinco de estatura.



Los shuriken son pequeñas armas de acero, del tamaño aproximado de una mano. Adoptan formas diversas, aunque la más común es la de estrella o la de aspa. Lanzadas hábilmente por el experto en su manejo (que entra dentro de las Artes Marciales), son muy eficaces, sobre todo si van untadas de algún veneno o narcótico. Su técnica de lanzamiento, dista mucho de ser fácil ni asequible a cualquiera.



Mad: en inglés, loco o demente.



Ending: en inglés, final, terminación. Phone: abreviatura de teléfono, en el mismo idioma.


Anihilator: en inglés, aniquilador.